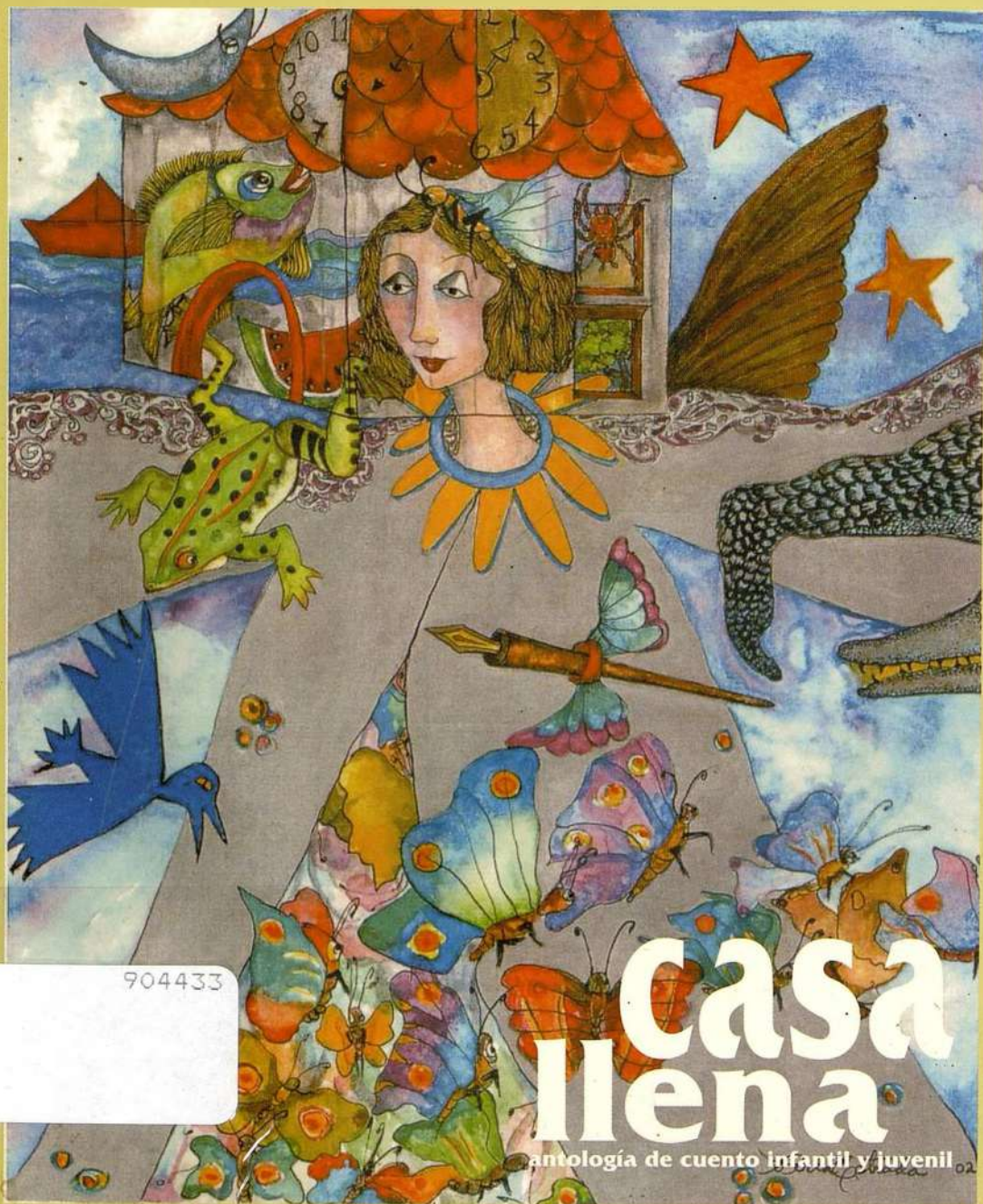


el mejor libro de literatura infantil y juvenil publicado en el año

2001: Luis Alonso Fernández Suárez / Mario De Lille / Guadalupe Azuara



068

3

904433

casa llena

antología de cuento infantil y juvenil

Forcellido / Gonzalo González Calzada / Teodosio García Ruiz

DONADO POR

AMALIO OCAMPO RODRIGUEZ

ABRIL 2008

Casa Llena

antología de cuento infantil y juvenil

Luis Alonso Fernández Suárez

Mario De Lille

Guadalupe Azuara Forcelledo

Gonzalo González Calzada

Teodosio García Ruiz

FT-1
808.068
C561
E3.13
NT.904433

Primera edición, 2001

Este libro fue editado gracias a una de las becas de coedición que el Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Tabasco otorgó en el año 2000.

Ilustración de portada:
Perla Estrada

Diseño:
Ricardo Torres Baños

Editorial Aguiluchos:
Calle de Rosales 106, Colonia Centro, 86000
Villahermosa, Tabasco.

Impreso y hecho en México
ISBN: 970-18-6052-7
Derechos Reservados: 03-2001-040211104600-14

í n d i c e

Prólogo 9

Luis Alonso Fernández Suárez
«Los cuentos del mono» 11

Los cuentos del mono 17

Historia que narra la batalla que sostuvieron los elefantes y los ratones, y de por qué los primeros temen a los segundos 23

Historia donde se cuenta por qué el caimán azota el agua con tremendos coletazos las noches de luna llena 28

Historia que narra por qué la jirafa tiene manchas y la cebra rayas, y por qué nunca se hablan 33

Historia donde se cuenta cómo el león quiso quitarles sus tierras a los conejos, cómo el mapache los ayudó, por qué el búho guarda silencio, la hiena se ríe y esconde la cola, y el chacal y el coyote no se hablan 41

Mario De Lille
«Nuestro mundo con Clau-dia» 55

Panza de rana	57
El gran muro	61
Sonrisa infantil	63
Pequeña madrecita	65
Mi primer amor	69
Las pintoras	73
Buscando a Carlos	77
La espera	81
Nuestro mundo con Clau-dia	85
"Chavito": y en vano te oculta el horizonte	89
Hermanas	93

Guadalupe Azuara Focelledo
«Una casa llena de cuentos» 97

Yo no soy yo	101
Lágrimas de cocodrilo	105
Andrés y sus tenis	111
El reloj	117
Minicuentos	123
El último	125

Gonzalo González Calzada
«Cuentos» 129

Los cordones	131
La abuela	139
Doña Licha	145
El arma secreta	149

Teodosio García Ruiz	
«Mañana en la mañana no estaré»	155
 Mañana en la mañana no estaré	157
Fidias	165
Vinagre	171
La pedrada	179
María	187
 Epilogo	195
 CASA LLENA y sus autores	199

Prólogo

véase la página 195

Los cuentos del mono

Luis Alonso Fernández Suárez

Dedico estos cuentos a:

Delfina Villegas Avendaño
mi esposa
y José David G. Fernández Villegas
mi hijo.

Estos cuentos, producto de desvelos justificados (cree el autor), hallarán su razón de existir al ser leídos por niños que tengan la edad de doce a catorce años, o por algún abuelito de más de sesenta, aunque el autor no se hace responsable si alguna vez es leído por un adulto indiscreto (que nunca falta) de otra edad.

Por eso creemos necesario imponer la siguiente sanción:

Todo adulto que lea este libro deberá procurar acercarlo a un niño, sin imponerle su lectura, la cual sólo hará el niño cuando a él le venga en gana.

*Atte.
Las hormigas escritoras*

Los cuentos del mono

La penosa vida de sobresaltos y largos viajes le habían dado poca pero verdadera sabiduría al viejo mono Rabo Pelón. Calculó que tendría dos posibilidades si se dejaba atrapar por los hombres; una era que le dieran muerte, cosa a la que no temía como a lo de morir denigrantemente en manos, o mejor en tenazas de sus antiguos enemigos, las hormigas escritoras. Pero como dicen: pelo, cola y suerte, con el mono hasta la muerte; y la suerte de Rabo Pelón volvió a brillar porque su captor, cumpliendo la otra opción, lo encerró en una cómoda jaula que lo mantuvo a salvo del ataque de cualquier animal mayor. Y además de la protección gratuita de los perros, quienes hace mucho tiempo se pelearon con los animales silvestres, el hombre

untaba las patas de la jaula con aceite quemado, librándolo del ataque de las hormigas del lugar.

Allí conocí a Rabo Pelón. Era yo vecino de su captor, y por las tardes, al regreso del trabajo, me entretenía con sus monadas y su cara boba que había vuelto a sonreír. La jaula se encontraba al frente de la casa, pegada a la ventana del cuarto que yo alquilaba entonces. Como la ventana era muy grande y me permitía ver casi toda la jaula, me sentaba en un descansado sillón plegable y pasaba largo rato contemplando aquellos ojos que aprendieron a mirar el mundo con asombro a través de la zozobra constante, del miedo y la angustia.

Fue mirando esos ojos que, sin saber cómo, aprendí el idioma de los monos. De pronto me sorprendí riéndome de los chistes y anécdotas que el mono me contaba desde su jaula. Me narró la historia de su vida, de lo necio que había sido cuando joven, y de cómo había engañado a las pobres hormigas, motivo por el cual nadie toma en serio ahora a los monos.

En el año tercero del sapo, antes de que las grandes aguas sucedieran a los intensos calores, cuando los cuerpos se hinchaban de sofoco, y la respiración se retardaba por el agotamiento, el mono Rabo Pelón se dedicó a limpiar los archivos de la selva, por orden del alcalde en turno, el cerdo Rabo de Tornillo, para dar un descanso a las fatigadas hormigas.

En este archivo, instalado en unas profundas cuevas perdidas en lo más intrincado de la selva, se hallaban escritas en grandes folios todas las historias de la selva. De esta tarea se encargaban las hormigas rojas quienes, a mordidas, escribían renglón tras renglón las historias que llegaban a narrarles los otros animales.

En ese año, tercero del sapo, el calor agobió tanto a las ilustradas hormigas que decidieron tomarse un descanso, cosa que nadie recordaba hubiese ocurrido alguna vez.

Fue entonces que contrataron al mono Rabo Pelón, holgazán que se pasaba el día trepado en las ramas, sonriendo estúpidamente a todos con la dentadura al aire. Si Rabo Pelón aceptó trabajar fue porque, con la sequía, escaseó el alimento que acostumbraba obtener con sólo estirar el brazo. Los frutos que no fueron ávidamente devorados se resecaron tiernos por la falta de agua.

Con gran fastidio, Rabo Pelón escuchó las instrucciones que le dieron las hormigas antes de partir al viaje de verano, a las frescas tierras de las montañas del noroeste. Éstas eran en realidad muy simples: debía barrer el suelo con unas pencas de palmera real, todas y cada una de las cámaras de la cueva; sacudir las piras de mandíbulaescritos, uno por uno, y cuidar, sin mayor agotamiento, las galerías del archivo. Las honestas y confiadas hormigas le dejaron al guardián una buena provisión de



granos, miel de abeja y agua para su alimentación durante el verano.

Parado en la entrada de la cueva, con la escoba de palma real en la mano, Rabo Pelón vio alejarse a las felices y ordenadas hormigas, formadas en sucesivos e interminables escuadrones que subían y bajaban lomas hasta que se diluyeron en la distancia. No bien las dejó de ver y arrojó la escoba, se adentró en la cueva hasta la fresca cámara donde estaban los alimentos y se dedicó a cumplir el único deber con el que se creía obligado: en menos de una semana dio cuenta de los granos y la miel, y al final de la segunda el

depósito de agua se hallaba casi seco.

Sin sonreír ya, pero sin que la usual expresión estúpida abandonara su rostro, Rabo Pelón, se dedicó a recorrer las solitarias galerías acuciado por las implacables manos del hambre que le retorcían y anudaban las tripas. Llegaba así a la salida de la cueva, pero el sofocante calor exterior activaba el mecanismo automático de su instinto acomodaticio, que en él estaba bastante desarrollado, y regresaba hasta el fondo con su andar vacilante.

En este deambular semiconsciente, el irresponsable vigilante de los archivos hormiguinios, anduvo tres días, escarbando restos y migajas de alimentos en los recipientes, hasta que no pudiendo

aguantar más la tortura del hambre se detuvo frente al montón de hojas recientemente adquiridas, verdes aún, libres de escritura y de la cera con que las hormigas protegían a las caligrafiadas. El grato color esmeralda bailó en las pupilas de Rabo Pelón, quien peló como nunca los dientes, haciendo con ellos ñan-ñan-ñan de alegría.

En cuestión de una semana dio cuenta de las hojas más frescas, siguiéndose luego con las escritas, con cera de cojuncillo o sin ella, y para cuando las avanzadas del retorno llegaron a las cuevas, mordisqueaba las mas viejas y acartonadas páginas del tesoro narrativo de la selva.

Las angustiadas hormigas no alcanzaban a comprender aquella desgracia. Recorrían con espanto las vacías galerías, hasta que, en una de ellas, encontraron al culpable masticando el pedúnculo del último de los folios tan altamente apreciados por las hormigas.

Dando gritos de rabia y llamándolo asesino se abalanzaron sobre él, pero le valió al bandolero que fuesen tan pocas para huir dando chicos brincos y tamaños gritos.

Gran desgracia fue aquello, llorado por las hormigas rojas y demás habitantes de la selva que veían sus queridas historias convertidas en detritus de un estúpido y holgazán mono.

Se dice que alguien propuso a las hormigas rehacer el archivo, volviendo a escribir lo desaparecido, y que las hormigas preguntaron a los otros ani-

males si estaban dispuestos a narrar de nuevo sus historias; que todos accedieron gustosos, y, trabajando con ahínco, al cabo de veinte años rehicieron la folioteca. Todo eso se dice, pero yo no sé si es verdad porque quien me contó esto, el mono Rabo Pelón, nunca supo si lo fue.

Al infeliz Rabo Pelón le ocurrió que, desde entonces, no pudo parar de huir porque, no bien llegaba a una comarca, llegaba también la noticia de su ignominia y la consigna de atraparlo y llevarlo vivo a la cueva de las hormigas.

Y Rabo Pelón huía y huía. En su desesperación llegó a embarcarse de polizonte en un carguero, y de esa manera cruzó los océanos que resultaron pequeños para librarle del deseo de venganza de las hormigas rojas escritoras y demás animales fabulistas. Cansado de esa vida de huidas y sobresaltos, y viendo ya cerca la senectud consideró que era tiempo de ponerle fin a sus desgracias. Para ello se acercó temeroso a los hombres y se dejó atrapar por uno de ellos sin poner resistencia.

En cierta ocasión me levanté a la media noche, hacía un calor tremendo y quise beber un vaso de agua, luego corrí las persianas de la ventana y entonces escuché un susurro; presté atención y me di cuenta de que quien hablaba era Rabo Pelón. Hablaba dormido y supuse que sufría una pesadilla persecutoria. Con precaución crucé la ventana y me acerqué a la jaula, agucé el oído y mi sorpresa fue grande: Rabo Pelón narraba una historia.

Eso nunca lo supo él; que de noche, en el remordimiento sincero que lo atormentaba, las historias digeridas años atrás, eran eructadas en palabras nocturnas e inconscientes. Aquella noche escuché de los labios de Rabo Pelón ésta:

Historia que narra la batalla que sostuvieron los elefantes y los ratones, y de por qué los primeros temen a los segundos.

Hace muchos años, según cuentan los ratones, quienes han narrado esta historia a nosotras las hormigas rojas, cuando aún existían elefantes de colmillos tan grandes que les daban tres o cuatro vueltas en los carrillos como cuernos de carnero, estos poderosos animales andaban por el mundo con la mayor tranquilidad porque no existía nada sobre la tierra que pudiese hacerles daño. Ningún temor les asaltaba, y su única preocupación era tener verdes y tiernos prados y fresca agua para beber.

Por el contrario, el pueblo de los ratones no hallaba vida con los sobresaltos constantes que pasaban tratando de evitar se aplastados por los indiferentes y parsimoniosos elefantes. Para los ratones, los elefantes representaban la imagen de todos los males del mundo, tanto que era expresión común entre ellos decir: «ya me aplastó un elefante», cuando algo les salía mal. Por eso veíanse

obligados a llevar vida nocturna, privándose de las delicias de la luz solar a que tan afectos son los ratones.

Por mucho tiempo los roedores soportaron esta situación, misma que era ignorada totalmente por los elefantes, quienes ni siquiera sabían que aquel diminuto pueblo existiese. Así continuaron las cosas hasta que el rey Dientitos, al subir al trono, decidió que había que ponerle término al asunto. Para ello reunió a los ancianos ratones del Consejo de Chillidos y les pidió que le propusieran alguna solución. Estas fueron las soluciones que elucubraron los sabios del consejo:

- a) Emigrar a una zona donde no haya elefantes; los polos o los desiertos.
- b) Vivir en las altas montañas.
- c) Aprender a volar.
- d) Vivir encima de los elefantes.

Junto con los monos y los cuervos, descartando por supuesto a los hombres, los ratones son uno de los pueblos más necios y mentecatos de la tierra. Un grupo aprobó y aplaudió la primera propuesta y de inmediato se pusieron en marcha. Otros prefirieron la segunda y partieron también. Otros se entusiasmaron con la tercera y desde entonces se separaron de sus compañeros pues, a costa de mucho esfuerzo se transformaron en ese pueblo al que se mira revolotear por el cielo en cuanto caen

las sombras nocturnas, y a los que se conoce con el nombre de murciélagos, que en lengua ratonil significa: «el que hace lo que dice». Y aun la cuarta fue aprobada por otro grupo y con vivas y hurras de alegría se fueron, desoyendo a sus congéneres, corriendo hacia los elefantes para subir en ellos. Fueron lastimosamente aplastados por las patas de aquéllos, y sacudidos por las trompas con las que los elefantes se sacuden cualquier bicho sin fijarse qué es.

Pero la mayoría (porque el pueblo ratonil es harto numeroso) no se sentía con la presteza y el valor necesarios para afrontar los esfuerzos y sacrificios que exigían las cuatro propuestas, por lo que el problema quedó, prácticamente, sin solución. El rey Dientitos llegó entonces a una conclusión desesperada: había que declarar la guerra a los elefantes.

Dientitos, a pesar de su tamaño, resultó todo un Napoleón. Primero hizo llamar a los cuervos, a quienes convenció (a cambio de un pago considerable en semillas y frutos) llevaran a los elefantes la noticia de que el pueblo de los ratones había decidido hacerles la guerra, y cuando los elefantes preguntaran ¿quiénes son los ratones?, ellos contestaran que son un pueblo gigantesco, tan grande como los elefantes, que enterados de la existencia de éstos han decidido borrarlos del planeta, pues no soportan que exista otro pueblo de su mismo tamaño.

Los cuervos cumplieron con su cometido, haciendo que los pobres elefantes, que no conocían la preocupación, se mordisquearan las trompas diciéndose unos a otros ¿qué vamos a hacer?, no sabemos pelear porque nunca hemos tenido enemigos. Venciendo ese extraño sentimiento que jamás habían padecido, el miedo, los elefantes se aprestaron a afrontar el percance, y preguntaron a los cuervos que si cuándo llegarían los ratones, y los cuervos respondieron que en esos mismos instantes el poderoso ejército de los ratones se dirigía hacia ellos, que deberían estar como a unos veinte kilómetros, pero si se asomaban tantito podrían ver a las avanzadas con el fiero rey Dientes de Piedra a la cabeza.

Los elefantes siguieron a los cuervos para ver cómo eran aquellos ratones que se atrevían a desafiarlos. Los cuervos, siguiendo el engaño planeado por Dientitos, condujeron a los elefantes hasta un lugar en donde el terreno presenta una elevación gradual y en tres metros se levanta dos. ¡Aquí es!, gritaron los cuervos. Miren esa loma que se encuentra como a veinte kilómetros, por allí aparecerá de un momento a otro el ejército de los ratones con el rey Dientes de Piedra a la cabeza.

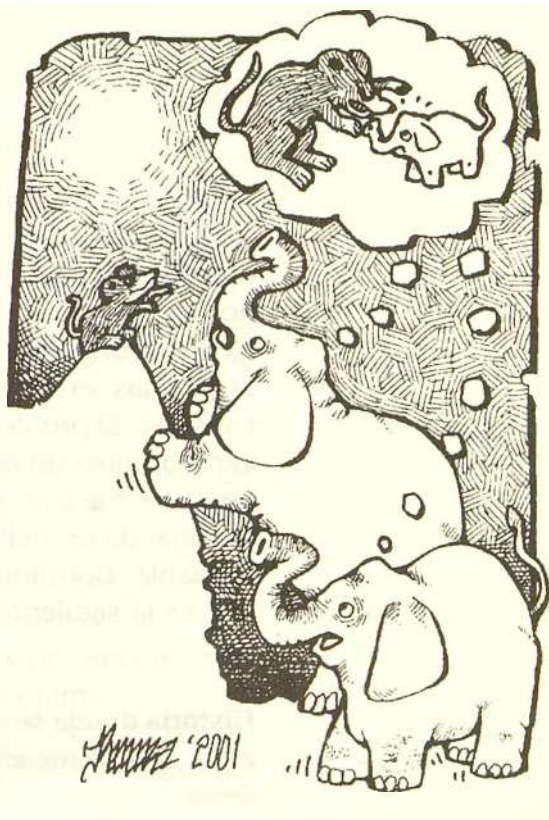
Y efectivamente, sobre la loma aparecieron unos puntitos oscuros que los elefantes se esforzaban por mirar bien, creyendo que estaban a veinte kilómetros cuando en realidad estaban sólo a tres metros de ellos. Entonces el rey Dientitos, que ya

había instruido bien a sus súbditos, levantó una mano señalando a los paquidermos y gritó: ¡pueblo valeroso de los ratones, allá están nuestros odiados enemigos! ¡A la carga, acabemos con ellos!, y los ratones, con Dientitos a la cabeza, comenzaron a mover las patitas como si corrieran pero sin avanzar, procurando levantar la mayor cantidad de polvo posible.

Al ver aquello, los elefantes entraron en pánico, gritando ay de mí como locos y jalándose las orejas, y ya perdido todo control y congruencia salieron en estampida en dirección contraria a los ratones, quienes al ver la facilidad con que habían triunfado levantaron en hombros a Dientitos y se fueron felices a celebrar la victoria.

Desde entonces, cuando un elefante ve un ratón, no sabe apreciar a qué distancia se encuentra y huye despavorido, creyendo que los ratones son del mismo tamaño que los elefantes o quizás un poco más altos.

Desvelarme dos o tres horas para copiar las historias que cuenta dormido Rabo Pelón, me ha causado problemas ya que paso el día cabeceando en



mi trabajo, y eso hace que mis compañeros se diviertan a costa mía. Mi jefe se ha mostrado preocupado, y me aconseja que me acueste temprano y que no vea tanta televisión. Yo le respondí que es un problema de anemia, que mi cuerpo no acepta algunas vitaminas y eso hace que esté siempre cansado. El problema ahora es que algunos me llevan nombres de medicamentos vitamínicos y esperan verme bien en poco tiempo; pero yo no pienso dejar de escuchar a Rabo Pelón mientras no deje de hablar dormido. La historia que contó esta noche es la siguiente:

Historia donde se cuenta por qué el caimán azota el agua con tremendos coletazos las noches de luna llena.

El martes a mediodía, el viejo caimán Dos Tapas estaba con un humor de los mil demonios. Sus coletazos se escuchaban a todo lo ancho y largo de la laguna. La tía mogina, Conchita Recato, que tiene por costumbre, contraviniendo su nombre, meter las narices donde no la llaman, se acercó nadando bajo el agua, y, sacando la cabeza, dijo con su chillona vocecilla:

—¡Pero tío caimán, qué es lo que te pasa!

Rabioso tío caimán atizó otro coletazo en el agua que sonó como un tiro de escopeta.

—¡Ay Conchita!, si usted supiera. Estoy que se me trincan las quijadas de coraje.

Y tío caimán soltó otro coletazo más fuerte que el anterior. La tía mogina, a quien ningún peligro le parece demasiado para hacerle desistir de enterarse de un buen chisme, dijo:

—Cálmese usted tío caimán. Cuénteme cuáles son sus cuitas, y si está en mí darle un buen consejo... Ya ve, tengo mis años...

—Pues verá usted tía mogina; ¿se acordará de aquella garza que llegó hace unos meses y se instaló en aquel árbol?

Subiéndose a una piedra la tía mogina escupió a un lado y dijo:

—¡Ah, sí!, esa flaca arrogante y pretenciosa que se pasaba el día acicalándose las plumas.

El viejo Dos Tapas atrapó una mosca con un tapazo de sus mandíbulas y después de tragársela dijo carraspeando:

—Bueno, no exagere tía mogina. La muchacha es guapa, sin duda. No me negará que tenía un largo y esbelto cuello de madona italiana, un grácil y pequeño cuerpo de bailarina de flamenco, sus largas y aristocráticas patas de abolengo inglés, y ¡qué pico! Señora mía, ¡qué piquito, mi dios!

Conchita Recato escupió para el otro lado y dijo:

—¡Bah!

Tío caimán, que ya casi se hundía hasta el fondo, relamiendo sus recuerdos, recobró la figura diciendo:

—¡Bueno, bueno, era guapa la chamaca!

—¿Y?— dijo tía mogina.

—Pues resulta— dijo tío caimán retorciendo la cola —que me prendó. Me enamoré de sus níveas plumas como mapache hambriento en cuanto la vi volar sobre las quietas aguas de esta laguna. Y sabrá usted tía mogina, que la muchacha me correspondió—. Y tío caimán entornaba sus ojillos lampareados, enseñando sus blancos y puntiagudos dientes. —Pasamos muchas tardes platicando entre los juncos del popal, hasta que me dio el sí. En las noches de octubre la invitaba a pasear por la laguna parada sobre mi lomo.

Dos Tapas se sumergió por completo, salió de nuevo y continuó:

—¿Hace calor, verdad? Pues como le decía, ya habíamos hablado sobre formalizar nuestras relaciones; pensábamos establecernos en los bajos del valle, y tener mucha descendencia. Bueno, en esto último teníamos nuestras diferencias; yo opinaba, porque usted me conoce tía mogina, que nunca impongo mi criterio y siempre escucho a los demás, y opinaba, digo, que nuestros hijos fuesen tiernos caimancitos cubiertos de hermosas plumas, pero ella insistía que esperaba salieran divinas garzas con los piquitos adornados de pequeños y blancos dientes como los de su papá—. Tío caimán dio entonces tremendo suspiro que hizo que el nivel de la laguna bajara y subiera varios centímetros por un buen rato.

—¿Y qué pasó?— preguntó Conchita como si no se interesara en el asunto.

—Pues pasó que, para mi desgracia, regresó aquél pelícano jocicón, ése que sólo se detiene a descansar aquí en su largo viaje, y que no habla con nadie, usando nuestra laguna y nuestro aire, y luego se marcha sin dar las gracias. Pero esta vez sí habló, el muy traidor, y precisamente con mi querida Piquitos. Eso fue cuando yo salí la otra noche de luna llena. Porque usted sabe tía mogina, cómo somos nosotros los caimanes de románticos, y que en esas noches nos gusta nadar sobre el resplandor de la perla del cielo y cantar nuestras canciones, como esa que dice: nadaaare, oh oh oh, cantaaare, ah ah ah..., y claro, por qué no, zamparnos uno que otro pez deslumbrado que se nos arrieme al descuido—. De pronto la cara del tío caimán se puso como cáscara de árbol seco en canícula, respiró ferozmente y dijo:

—Esa noche se la llevó el pelícano. Claro, debió haberle hablado del mar y sus pecesitos, de las brisas en las palmeras borrachas de sol, de los granitos de sal en la arena...— la voz del tío caimán se iba poniendo más y más grave, sus dientes se arqueaban feroces en espera de un ataque, el cuello inflado le resollaba produciendo olitas en la superficie del agua. Tía mogina se arrimó un tantito a la orilla de la piedra.

—¡De seguro le habló de conchitas y caracoles!— gritó tío caimán, y arrió un tremendo coleta-
zo que dejó sorda y muda a la laguna entera, y

hasta el viento se arrinconó quieto en unos arbus-
tos. Tía mogina se llega a la orillita de la piedra.

—¡Desde hoy no tendré compasión de nadie!—,
gritó tío caimán. —Yo, que he sido puro corazón, trai-
cionado por una plumífera y volátil garza de patas
largas y un pardo y lento pelícano jocicón. ¡Qué co-
sas no se verán!— y zas, otro colazo.

Tía mogina se dejó ir despacito, deslizándose
lentamente al agua. Moviendo apenas las puntas
de los dedos para no hacer olas, se alejó de allí, no
fuera a ser que tío caimán olvidara el parentesco
que los unía y le hiciera añicos su nombre de un
riatazo, o peor aun, se la comiera.

Desde entonces, todos evitan nadar por el cen-
tro de la laguna las noches de luna llena, porque
allí, tío caimán se la pasa arriando coletazos a diestra
y siniestra, dando gritos que se han de oír hasta el
mar, injuriando a la volátil Piquitos y al traidor pelí-
cano que apesta a pescado.

Esta historia la contó a las hormigas una libélula
que la escuchó cuando colgaba de un junco
cabezabajo, mientras se transformaba de larva en
adulto, y que la cuenta porque es interés suyo que
la historia se conserve para que las futuras genera-
ciones aprendan de ella lo que Dios les dé a enten-
der.

Por insistencia de mi jefe he ido al médico y
éste me ha dado varias inyecciones de vitaminas y

tres días de licencia para que me reponga. Las vitaminas por supuesto que me las voy a poner, pero lo que haré en estos tres días será poner en limpio las últimas historias que Rabo Pelón me ha narrado dormido. La primera de ella es la siguiente:

Historia que narra por qué la jirafa tiene manchas la cebra rayas, y por qué nunca se hablan.

Mucho tiempo antes de que el registro de estas historias comenzara, la cebra y la jirafa eran muy parecidas tanto en forma como en color. La jirafa tenía un cuello pequeño, y las dos carecían de los colores que hoy muestran; los otros animales las confundían muy a menudo.

Sin que sintieran animadversión por la otra, cada cual quería distinguirse y ser única. Los frecuentes errores les causaban molestias, como cuando alguien se acercaba a la jirafa por la espalda y le decía:

—¡Oye cebra...! perdón, es que ese vestido...
Disculpa.

La cebra Blanca Potranca y la jirafa Antonia Delgadilla trataban de aparentar que aquello carecía de importancia para ellas, pero secretamente deseaban encontrar la manera de diferenciarse.

Entre los animales habían dos que tenían fama de creativos: el oso hormiguero y el chimpancé. El oso hormiguero, con su andar pausado, siempre

mirando el suelo, despertaba comentarios de que era un sabio, que siempre andaba pensando y que si traía la cabeza baja era porque le pesaban las ideas. Por su parte el chimpancé, siempre hurgando por todas partes, tratando de imitar a todos, había terminado por inventar algunas técnicas como esa de sacar termitas punzando los nidos con una varita. Por eso se decía, «si tienes algún problema, cuéntaselo al chimpancé. Si no lo resuelve te distraerás viéndolo afanarse».

Don Brazo Fuerte, el oso hormiguero, cuando tomaba un asunto en sus manos escarbaba hasta llegar al fondo del mismo; por eso, cuando la cebra doña Blanca fue a verlo para que la ayudara, la escuchó con atención y luego se quedó meditando, mirando al suelo.

—No hagas ruido, está pensando— le dijeron sus amigas a doña Blanca.

—Déjalo meditar y vas a ver cómo encuentra la solución a tu problema.

Después de treinta minutos, durante los cuales se echó una siestecita recargado en una piedra, abrió los ojos y dijo:

—Ya está. Necesito un panal bien cargado de miel, un cuenco lleno de cerezas silvestres, un coco con agua, otro con aceite de palo y un tronco seco carbonizado.

—Y para qué son todas esas cosas— preguntaron las damas, y don Brazo respondió:

—Bueno, con el aceite y el carbón voy hacerle

un nuevo traje a doña Blanca, lo demás es para que yo me lo coma.

La cebra y sus amigas, la gacela Adela Brincos, la búfala Frenticia Estampa y la quinceañera elefanta Robusta Berritos se fueron a buscar lo que les había pedido el oso hormiguero.

La jirafa Antonia, aconsejada también por sus amigas, fue con el sabio chimpancé don Olegario Labios. Este las escuchó colgado de una rama cabezabajo.

—Así pienso mejor— les dijo; después cerró los ojos y se durmió un buen rato hasta que lo despertó el golpe que se dio contra el suelo al zafarse de la rama.

—Bueno, bueno— dijo, —los golpes enseñan. Aprendan eso. A ver... tráiganme un melocotón, una sandía y una papaya, bien maduras las tres frutas, un costal de zapotes negros y una soga larga.

—¿Y para qué tantas cosas?— le preguntaron las demás, y don Olegario respondió:

—Con los zapotes y la soga le voy hacer un nuevo traje a doña Antonia, lo demás es para mí almuerzo.

La jirafa y sus amigas, la cabra Juana Topetes, la antílope Daniela Pezuña y la jovenzuela rinoceronte María Arraza se fueron a buscar lo que les había pedido el chimpancé.

Cuando la cebra y sus amigas llegaron con el oso, éste guardó el panal, el cuenco lleno de cerezas, el agua y dijo:

—Primero les voy a pedir a ustedes— dirigiéndose a la gacela, la búfala y la elefanta —que nos dejen solos—. Y cuando aquellas se retiraron de mala gana, argumentando que querían ayudar a la cebra, le dijo a ésta:

—Te advierto que te va a doler un poco. ¿Estás dispuesta a soportarlo?— y la cebra dijo que sí. Entonces el oso puso manos a la obra.

Comenzó remojando sus grandes uñas en el aceite de palo para luego ponerse a rascar el tronco carbonizado, reuniendo el polvo de carbón y amasándolo hasta formar una pasta a la que agregó más aceite, y cuando juzgó que la consistencia era la adecuada le dijo a la cebra que se acercara, que cerrara los ojos y apretara los dientes. Entonces comenzó a tatuar, usando sus uñas como instrumentos punzantes, líneas largas y anchas en la piel de doña Blanca, cubriendo poco a poco todo su cuerpo. Está por demás decir que la cebra no soltó el más débil quejido, lo cual no nos sorprende si tomamos en cuenta lo que son capaces de soportar las féminas si de embellecerse se trata. Eso sí, doña Blanca guardó cama una semana hasta que se repuso de los dolores.

La jirafa y sus amigas también llevaron al chimpancé lo que éste había pedido, y él guardó el melocotón, la sandía y la papaya, sacó los zapotes y los dejó en el suelo; después tomó la soga y le dijo a la jirafa:

—Ven necesito asegurarme que el tratamiento no quedará a medias—, y con la cuerda amarró a la jirafa por las protuberancias que, a manera de cuernos, tiene ésta en la cabeza. Luego pasó la cuerda sobre una rama alta y jalando fuertemente por el extremo libre la levantó a un metro del suelo, amarró la soga al tronco del árbol y dejó allí a la jirafa colgando de la rama.

Si bien la jirafa no corría ningún peligro grave, la situación le era incómoda, y por eso movía las patas tratando de alcanzar el suelo. Con palabras tranquilizadoras, el chimpancé les dijo a las amigas de la jirafa que se retiraran y que no fueran a regresar aunque escucharan a su amiga gritar pidiendo auxilio. Ellas se retiraron preocupadas por la suerte de su amiga Antonia, prometiéndose en sus adentros acudir al primer grito de ella, y pobre del chimpancé si le hacía algo.

Entonces, con la jirafa pataleando en el aire, el chimpancé se dedicó a magullar los zapotes golpeándolos con una piedra. Cuando los tuvo con las cáscaras casi a punto de reventar, tomó uno y lo sopesó en su mano derecha, miró a la jirafa presentándole un costado, cogió el fruto con las dos como lo hace un lanzador de béisbol, cerró un ojo para tomar puntería, llevó el fruto hacia atrás levantando la pata izquierda y isópale!, le arrió un zapotazo a la jirafa que se quedó sin aire. Antes de que ésta se repusiera totalmente del golpe, el chimpancé recogió otro fruto, realizó la misma opera-

ción y le estampó otro zapotazo a un lado del primero, y luego otro, y otro...

Podría decirse que la jirafa no gritó porque el chimpancé no le permitía reunir suficiente aire en su pulmones para dar un grito, pero esto sería injusto y dejaría mal la imagen de la jirafa, ya que por dos ocasiones el chimpancé interrumpió el ritmo de su picheo para jalar la cuerda donde colgaba la jirafa.

Con las sacudidas que daba la jirafa por los golpes que recibía, el cuello se le iba estirando y el chimpancé tenía que alzarla de nuevo para evitar que sus patas tocasen el suelo. En esos momentos la jirafa podría haber gritado a sus amigas, pero el temor de echar a perder el tratamiento la hacía torcer la lengua y guardar silencio.

Cuando el chimpancé terminó el tratamiento y bajó a la jirafa, ésta se encontró con que su cuello había crecido diez veces más de lo que medía anteriormente, y, ¡oh!, su cuerpo estaba cubierto con un estampado de hermosas manchas cafés, huellas del jugo de los frutos lanzados por el chimpancé.

Cuando las amigas de la jirafa escucharon los gritos de asombro que ésta daba, pensaron: el chimpancé le está haciendo daño, y corrieron en su ayuda. Cuando llegaron al sitio donde estaban la jirafa y el chimpancé, ellas también comenzaron a decir:

—¡Oh!

—¡Ah!

—¡Uh!

—¡Qué hermosa te ves!

—¡Qué fino estampado!

—¡Qué cuello tan elegante!

Y las cuatro se fueron alegres, sin acordarse siquiera del chimpancé, quien se retiró satisfecho a disfrutar del pago de su trabajo.

Aunque alegre, la jirafa tuvo que guardar cama una semana para reponerse de los golpes y la restirada sufridos.

A la semana de que la cebrá y la jirafa tuvieron su tratamiento, hubo un gran baile en la selva. Las dos amigas se presentaron deseosas de lucir sus nuevos trajes y, tal como ellas supusieron, causaron sensación entre las asistentes.

Ahora nadie las confunde, pero ya está de más porque desde ese momento la cebrá doña Blanca Potranca y la Jirafa doña Antonia Delgadilla fueron enemigas irreconciliables. Ninguna de las dos quiso mirar a la otra ni darse por enterada de su presencia en las fiestas, aun cuando se estudiaban detenidamente con el rabillo del ojo. Si alguien decía algo de la otra en-



tonces ésta cambiaba la conversación, saludaba a alguien con gritos y aspavientos o dejaba caer su copa para no contestar.

Desde entonces no se ven cebras y jirafas juntas, y cuando ocasionalmente coinciden en algún lugar hacen de cuenta que la otra no existe.

Hablando sin apasionamiento, es difícil decir cuál de los dos trajes quedó mejor, ya que ambas lucen espléndidas, pero no se te ocurra decirlo cerca de ellas.

Lo he pensado bien. Bueno, no sólo lo he pensado sino que he puesto manos a la obra. Renuncié a mi trabajo y con el producto de mi liquidación le he pedido a mi vecino comprarle a Rabo Pelón, y él aceptó gustoso cuando vio que le puse enfrente la cantidad que me pidió. Rabo Pelón también se alegró, pero cuando le dije que quería llevarlo con las hormigas escritoras se asustó y comenzó a gritar que por qué quería yo causarle semejante daño. No sin trabajo lo convencí que intercedería por él y de que estaba seguro haría no sólo que lo perdonaran sino que lo vieron como a un personaje importante.

Cuando Rabo Pelón me preguntó cómo podía estar tan seguro de que así sería, le hice ver que si no fuese así entonces yo también estaría en peligro. Esto lo tranquilizó, y esa noche, sin salir de mi cuarto, le escuché esta:

Historia donde se cuenta cómo el león quiso quitarles sus tierras a los conejos, como el mapache los ayudo, por qué el buho guarda silencio, la hiena se ríe y esconde la cola, y el chacal y el coyote no se hablan.

Es bien sabido que en la selva no existe democracia, que el león Ruperto Garriña y Porrazo es un tirano que lleva en el poder muchos años, siempre anunciando cambios y mejoras, pero sin dejar que otro ascienda al poder. Para esto el león se vale de todo, desde sus garras y colmillos hasta las triquiñuelas de los leguleyos de la selva: el búho, la hiena, el chacal y el coyote.

Salvo el filósofo elefante, la aristocrática jirafa, el rinoceronte militar y el hacendario hipopótamo, todos los demás animales sufren los abusos del león. Sin embargo, nunca falta alguien que, enarbolando las carcomidas y devaluadas leyes de la selva, cause problemas al malgeniudo monarca. En esos casos, limitado por la opinión pública (que últimamente a tomado mucho peso), el león no se atreve a resolver un asunto organizando una comida en donde el querellante es invitado obligado. Entonces, como ya se dijo, el león llama a uno de sus abogados, o a todos si lo amerita, y el asunto se soluciona con un juicio público. De esta manera el león queda como un gobernante justo, amante del orden y la equidad, sin que su parte sufra menoscabo.

El coyote, sin que esté mal decirlo, es un zorro en asuntos jurídicos, y el chacal y la hiena tienen lo suyo: el uno para armar juegos de envite con los papeleos y el otro preparando testigos falsos. Sin embargo, el más ducho de todos es el búho, quien no sólo tiene estudios sobre derecho sino que estudia derecho y bien parado sobre los dos pies.

Pues bien, ocurrió que un día el león paseaba por las colinas verdes del sudoeste y, sorprendido por el tono esmeralda del pasto, quiso saber de quién eran esas tierras. Una de las zancudas de pico grueso, de esas que siempre andan junto con los buitres detrás del león, se acercó y le dijo:

—Señor, estas tierras pertenecen a los conejos que han vivido aquí por incontables generaciones.

—Qué interesante- dijo el león—. Pues quiero conocer a uno de esos terratenientes— y se instaló bajo la sombra de un árbol. Ministros, secretarios y lamebotas se dedicaron a tocar puertas, y al cabo de un rato trajeron a un conejo anciano que se apoyaba en un bastón para caminar.

—Buenosh díash tengañ ushté shu mageshtá— saludó el conejo.

—Buenos días tenga usted, venerable anciano— respondió el león.

—¿En qué podemosh shervir a shu exshelenshia los humildesh conejitosh?

—Pues verás, fiel y consuetudinario súbdito, me han encantado estos prados. El color y la textura de su pasto me producen paz y una tranquilidad

tan profundas que me hacen desear no tener que castigar nunca más a nadie en el futuro, por grandes que sean sus faltas.

El veterano conejito se irguió muy tieso al oír aquello, y aunque luego se encorvó de nuevo, sus orejas quedaron enhiestas y nerviosas.

—Qué bueno que la vishta de nueshtra humilde casha le produshe tan noblesh shentimientosh a shu exshelenshia— dijo el conejo, tratando de ocultar su temor de que el león estuviera armando una tramafalla, cuando oyó decir a éste:

—Me alegra que opines así porque he decidido que, desde hoy, esos sentimientos no vuelvan a abandonar mi corazón. Por eso quiero comprar estos terrenos y así disfrutar enteramente de ellos..

Controlándose para no caer infartado allí mismo, el conejo respondió:

—Exshelentísimo shoberano, eshtash tierrash no shon de nadien shino vueshtrash, y ushté puede disfrutar de shu vishta cuantash veshesh quiera.

—Sí— respondió el león— pero disfrutar de su vista no basta. Cualquiera puede hacerlo, entonces ¿cuál es la diferencia entre yo y un hijo de vecino? Si esta propiedad es mía la quiero disfrutar yo solo. Si no, qué chiste.

—Pero sheñor— replicó el conejo, —eshtash tierrash han perteneshido a mi familia deshde hashe mucho tiempo.

—Eso no es problema amigo. Si hay algo que no me gusta son las injusticias. Dígame cuánto cues-

ta y le pagaré hasta el último granito de ella. ¡Ah!, eso sí, dame un precio justo, no porque me veas entusiasmado vayas a querer aprovecharte de mí, ¿verdad?

Los que rodeaban al león corearon afirmando:

—Sí, sí, sí—. Y todos rieron divertidos, menos el conejo.

—Señor, le shuplico dishculpe ushte a eshte confundido y veterano conejo que no puede darle una reshphieshta ahora. Tengo que hablar con mi familia para fijar el preshio.

—Claro, claro, yo no tengo prisa. ¿Te parecen bien dos días?— y sin esperar respuesta del conejo, el león le dio las gracias y se retiró seguido de su corte.

El pobre conejo, olvidando su artritis, salió corriendo a dar la tremenda noticia a los suyos.

Cuando llegó, jadeante y tembloroso, trató de explicarse, pero debido a su cansancio y a su shesheo en el hablar nadie le entendía. Le pidieron que se sentara para recuperar el aliento. Así lo hizo, y cuando se repuso les dijo que el león pretendía despojarlos de sus tierras, y que les daba un plazo de dos días para que fijaran el precio, que al final no sería otro sino el que él quisiera.

Todos los conejos fueron llamados para que escucharan la noticia, y se preocuparon de veras pues sabían bien que donde el león pone un ojo pone la garra.

Toda la tarde se la pasaron los conejos en concilio tratando de buscar la manera de evitar que el rey león les quitara sus tierras sin que montara en cólera.

Casi caía la noche cuando pasó Pache Rebusca, el mapache, quien se detuvo a escuchar lo que decían unos y otros. Después de un rato, el mapache dijo:

—Si quieren yo puedo solucionar el problema.

Al decir esto el mapache, los conejos guardaron silencio, lo miraron con desconfianza y luego se miraron entre ellos como diciendo: ¿de dónde salió este tipo?, y luego continuaron hablando todos al mismo tiempo.

—Bueno— dijo el mapache para sí mismo, —si no quieren no lo resuelvo— y continuó su camino.

A la mañana siguiente, cuando el mapache pasó de nuevo por allí, la discusión continuaba. Los conejos discutían hablando todos a la vez sin escucharse unos a otros, luego los grupos se disolvían y se formaban otros para repetir lo anterior.

El mapache Pache se detuvo a escuchar el parloteo de los conejos. Como vio que era el mismo del día anterior se levantó para irse, pero antes de marcharse dijo:

—Si quieren yo puedo solucionar el problema.

De nuevo la multitud de conejos guardó silencio al oír las palabras del mapache, lo miraron con disgusto un momento y continuaron discutiendo sin ton ni son. El mapache continuó su camino, diciendo en voz baja:

—Si no quieren no lo resuelvo.

Por la tarde, los conejos continuaban con su discusión cuando pasó de regreso el mapache, y cuando éste dijo que si querían podía solucionar el problema, todos a la vez le gritaron:

—¡Quieres dejar de molestar? ¿Qué no ves que estamos muy ocupados?.

El mapache brincó hacia atrás asustado, casi a punto de tragarse la semilla de ciruela que traía en la boca, escupió ésta, balbuceó una disculpa y se alejó de prisa.

Los conejos se miraron unos a otros. ¿Y si fuese verdad que el mapache pudiera solucionarles el problema? ¿Alguien sabe dónde vive?, comenzaron a preguntar.

—Sí, yo sé que vive por la barranca del río—dijo un conejo.

—¡Vamos para allá!—dijeron y se pusieron en marcha. No tardaron en ver al mapache que caminaba distraído y comenzaron a gritarle que se detuviera, pero cuando éste escuchó los gritos y vio al mundo de conejos que se le venía encima, se asustó tanto que salió corriendo a su madriguera. Inútilmente los conejos se desgañitaban gritándole que no querían hacerle daño sino hablar sobre el problema de ellos. El mapache, como un bolido, llegó corriendo a su casa y se metió hasta la cocina, espantando a su mamá doña Juana Rebusca, quien salió con una escoba a enfrentar a los conejos. Cuando éstos lograron calmarla, le explicaron

por qué buscaban a su hijo y doña Juana llamó a Pache. Cuando lo tuvieron enfrente, los conejos le preguntaron si era cierto que él podía solucionar el problema, y Pache dijo que sí, pero que necesitaba saber cuánto tiempo les quedaba. Los conejos dijeron muy compungidos que al día siguiente había que darle una respuesta al león.

—Bueno— dijo Pache —lo que tienen que hacer es decirle al león que les dé tres días más.

—No va a querer— contestaron los conejos.

—Ustedes pídanle una semana. Si dice que es mucho tiempo, bájenle a seis días, si no quiere, entonces a cinco, si pide menos, a cuatro; y si no acepta todavía, a tres; pero de tres no bajen, diga lo que diga el león. ¡Ah!, otra cosa, no se preocupen por mí, estaré allí temprano el día que llegue el león.

Los conejos se fueron a dormir, descargados del peso de la preocupación. Mientras tanto Pache Mapache se fue al monte a buscar una rama seca, resistente y pesada que sirviera para sus propósitos. Cuando la encontró, la llevó a su casa donde hizo los cortes necesarios hasta quedarse con un tramo más o menos del tamaño de su cuerpo, al cual se dedicó a lijar esmeradamente, hasta darle la forma deseada.

Al otro día despertaron los conejos de buen humor. Después de tomar un desayuno rápido, se fueron a la cima de la colina a esperar al león. Un poco antes del mediodía aparecieron el chacal y el coyote.

—¿Y el león?— preguntaron los conejos.

—Tiene un compromiso muy importante y no pudo venir, pero nos pidió que viniésemos para atender este negocio de poca monta. Y como a eso venimos, ¿cuál es el precio?.

Los conejos se miraron desconcertados uno a otros, y cuando parecía que no tenían respuestas que dar, un conejo salió al frente y dijo:

—Nosotros queremos hablar con el león, porque no creemos que ustedes tengan la jerarquía necesaria, ni la autoridad suficiente para tomar decisiones.

El chacal y el coyote respingaron mosqueados por las palabras del conejo. —¡Pos éste!, faltaba más.

—¿Qué dices que dijiste, miñurriente conejillo? ¿Que nosotros no tenemos jerarquía ni autoridad para tratar este asunto? Traemos la investidura y representación de su Real Alteza el león Ruperto Garriña y Porrazo.

—No me malentiendan— se disculpó el conejo—. Digo que quizá ustedes no puedan llegar a un acuerdo con nosotros porque necesitarían consultar cada paso con su Majestad.

—Pues te equivocas— contestó el coyote. —Nosotros tenemos carta abierta y libertad plena para manejar los asuntos reales, porque su Altísima Excelencia confía plenamente en nuestra capacidad— y luego, dirigiéndose al chacal, —¿sí, verdad?

—Qué bueno— respondió el conejo —entonces

vamos al grano. Queremos que le digan al león que nos dé una semana para contestarle, ya que necesitamos esperar a los conejos que fueron al otro lado del río a visitar a unos parientes y no regresan antes.

El chacal y el coyote comprendieron que estaban pisando terreno peligroso, porque sabían bien que si llegaban al león conque los conejos querían un plazo de una semana se pondría furioso. Por eso les dijeron que no; no podían darles ese plazo. Los conejos pidieron entonces seis días; después de consultarse mutuamente, el chacal y el coyote dijeron que no, también. —Cinco— dijeron los conejos, y tampoco aceptaron. Entonces el conejo que llevaba la voz sonante dijo:

—¡Cuatro! Y ni un día menos!

—No podemos.

—¡Cuatro!

—¡No!

—¡Cuatro!

—¿Y si fueran tres?

—¡Cuatro!

—¡Tres!

—¡Cuatro!

—¡Tres! Y ni un día más.

Y los conejos aceptaron tres días para alivio del chacal y del coyote. Se levantó un acta donde se hizo constar que al tercer día, a partir de esa fecha, los conejos darían respuesta al león.

El rey no se mostró descontento con lo que le informaron sus abogados, porque si bien se retra-



saba un poco su triunfo, una vez vencido el plazo, que no era muy largo que digamos, los conejos no tendrían excusa para no dar respuesta.

Los tres días se cumplieron. A las diez de la mañana los conejos se encontraban listos y ansiosos por ver cuál sería el plan de mapache, quien apareció media hora después.

El mapache se presentó cargando el madero que había estado trabajando durante esos tres días. Cuando Pache les dijo a los conejos cuál era su plan, el mundo se derrumbó encima de éstos, y no lo molieron a palos con

el mismo madero sólo porque en esos momentos se asomó por el camino el león y su comitiva.

—¡Ay, hijo! Ya nos partiste por el rabo— dijo el conejo líder, pero Pache le respondió:

—No tío, tengan confianza y hagan lo que les digo. Ya verán como todo sale bien.

—Ya qué— dijo el conejo —que se haga lo que Dios quiera. Pero repítemelo todo, no sea que se me olvide.

Y el mapache le repitió las instrucciones mientras el león se acercaba con un andar despreocupado y una amplia sonrisa en la boca.

—Y bien, ¿cuál es la respuesta?

Con gran ceremonia el conejo respondió:

—Nuestra respuesta, Ilustrísima Majestad, es que no queremos una sola moneda por nuestra tierra.

—¡Cómo!— dijo el león. —¿Es que acaso me la regalarán?

—Así es Majestad, pero sólo con una pequeña condición.

—¿Y cuál es esa condición?

—Que arroje usted este madero desde aquí, y le pertenecerán todas las tierras comprendidas dentro del perímetro donde éste caiga.

Nunca se había reído tanto el león como ese día. El y sus acompañantes se revolcaban de risa golpeando el suelo con los puños hasta perder el aliento, por la ocurrencia de los conejos. Estos, con los rostros compungidos, miraban de reojo al mapache, pero no viendo en él signo de preocupación se mantuvieron serenos.

Controlándose apenas, el león, con los ojos chiquitos, pudo decir:

—A a acepto.

Luego llamó al gorila y éste se acercó sacudiéndose todavía por los ataques de risa.

—Amigo— dijo el león al gorila, —tienes que poner en juego todo tu talento para lanzar este palo lo más lejos que puedas.

El gorila se cuadró militarmente y dijo:

—No sólo lo mandaré lo más lejos que pueda, sino más lejos de lo que pueda— y tomando el madero lo levantó diciendo:

—¿Ahora lo ven?, pues...— y echó hacia atrás el brazo que sostenía el madero,ladeó el cuerpo balanceándolo con ritmo, respiró dos veces haciendo con suavidad el movimiento completo de lanzamiento y iza!, lo arrojó con todas su fuerzas hacia el horizonte.

—...ahora no lo ven.

Todos en la colina guardaron silencio, viendo como el madero arrojado por el gorila se fue haciendo pequeño en la distancia.

—Bueno— dijo el león dirigiéndose al caballo—, ahora te toca a ti ir por ese palito para seguir jugando al tiratira.

Apenas había terminado de hablar el león cuando la hiena pegó un grito de dolor dando saltos por todos lados. Con asombro los animales vieron que, sin saber cómo, el madero había regresado a donde estaban ellos para ir a pegarle a la hiena justo en el trasero.

—Va una— dijo el conejo, y se apresuró a pasarle el madero al gorila, quien lo tomó con cierto temor, revisándolo para comprobar que era el mismo.

—Ahora sí no fallo— dijo el gorila, y lanzó de nuevo el madero hacia otro rumbo.

La hiena, que había dejado de tallar su trasero en el pasto para calmar su dolor, decidió cambiar

de lugar, no fuera que se repitiese el incidente. Sin embargo, esta medida no le sirvió de nada pues a los pocos segundos el madero volvió a aterrizar sobre la parte trasera de su animalidad.

—Van dos— volvió a gritar el conejo, y corrió a recoger el madero para dárselo al gorila.

Ya para entonces nadie quería estar cerca de la hiena, y ésta corría de un grupo a otro haciendo que los otros se separaran precipitadamente cuando ella se acercaba.

El gorila arrojó de nuevo el madero, diciendo que una vez, bueno; dos veces, todavía; pero que tres veces no podía ser.

Y sin embargo fue por tercera vez. La hiena corría por toda la colina pidiendo ayuda con gritos desesperados:

—¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Ese gorila sádico me quiere matar!

—¡Bah!— dijo el león molestísimo. —Bien dicen que si quieres que las cosas se hagan bien, tienes que hacerlas tú mismo. Pásame acá eso— dijo quitándole el madero al conejo. Y luego al gorila:

—Ahora vas a ver lo que es lanzar un palo, inútil— y arrojó el madero.

Ni qué decir que la pobre hiena recibió un cuartro golpe en el coxis.

—Señor— dijo el conejo, de acuerdo con lo convenido le corresponde esta cima desde donde podrá usted hartarse de ver las salidas y puestas del sol.

Al león no le quedó otra que reconocer que los conejos tenían razón, y se fue con su séquito, vociferando, acusando al gorila del fracaso, y al chacal y a la hiena por ser tan estúpidos, y... retomando compostura, el león pensó que no debía perder la calma, que quizá podría darle un giro al asunto, todo era cosa de ordenar una investigación a fondo, y para ello comisionó al búho para que la llevara a cabo.

—Sí señor, así se hará— dijo el búho muy serio abriendo bien los ojos y mirando para todos lados.

Los primeros en ser interrogados, el chacal y el coyote, se echaron la culpa uno al otro. La hiena no pudo ser interrogada porque sólo andaba riéndose nerviosa, temerosa que de un momento a otro le cayera un palo en el trasero. Por eso, la investigación no ha concluido hasta el día de hoy, pero el búho sigue firme en su empeño por encontrar al culpable, por eso guarda silencio y pela chicos ojotes.

Cuando los conejos quedaron solos preguntaron al mapache cómo había conseguido ese palo mágico, y éste les dijo:

—Es un bumerán. Me enseñó a construirlo mi amigo el ratón australiano, que es marintero.

Los conejos le preguntaron cómo podían pagarle su ayuda, y él les dijo que sólo quería una cosa: que los conejos no comieran las cosas que él comía. Por eso los conejos comen una sola cosa y los mapaches de todo, menos lo que comen los conejos: yerbitas.

Nuestro mundo con Clau-dia

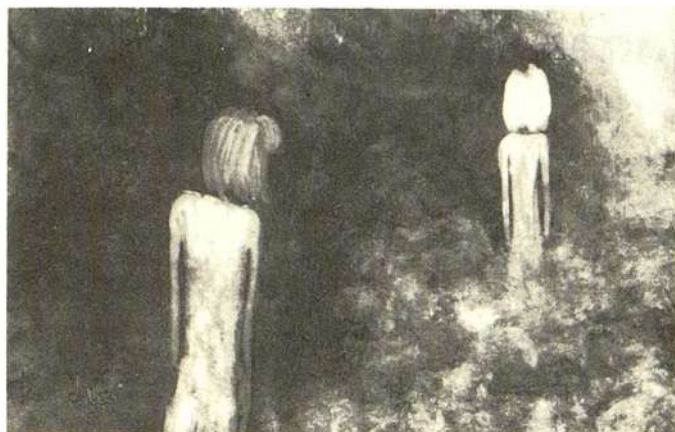
Mario De Lille

Panza de rana

Ahí estaba la huella enorme de una sombra cayendo de las nubes. Podía aplastarme incluso. Sin embargo no tuve miedo porque su color era igual que mis brazos, mis manos, mis piernas; en fin que todo mi cuerpo.

Muy al principio yo era un niño común y corriente como todos los niños, aunque mi piel era demasiado blanca para el lugar donde vivían los de mi tribu. Creo que he sido el único niño blanco que quiere ser moreno ipero de veras! (mis amiguitos me conocen como "el panza de rana"). Me paso muchas horas tostándome al sol. Pero nada, mi piel sigue igual que siempre y ya mis papás me dijeron que me cuide porque si no voy a agarrar una enfermedad del cielo.

Tenían razón porque desde ayer, me empecé a poner azul azul como el canto del manatí, y lo peor de todo es que mi familia, mis amigos -bueno, hasta



los perros- se desaparecieron. Me dejaron solo. Tengo un poco de miedo pero hago como que no me fijo ya que el brujo se los había dicho a mis papás: "ese niño, un día se va a quedar muy solitario; pero no se preocupen, se le pasará más pronto de lo

que pudiera creerse". Yo lo oí, y como es muy mentiroso no le hice caso. Pero ya van dos días, y ahora con esto de la gran huella yo creo que algo voy a tener que hacer.

Y me fui chiflando la tonada del colibrí "Chupito" al país de los sueños.

¡Grande fue mi sorpresa! Un niño igualito a mí (como si fuera mi espejo), me abrió la nube principal y me dijo: hola flaquito, te estaba esperando.

—¿Y tú por qué?

—Pues hombre, porque hoy todos los grandes se fueron de paseo y alguien tenía que cuidar la entrada.

Tenía razón porque solamente había muchos niños y niñas corriendo y jugando de acá para allá. ¡Y todos azules, igual que yo y él! Esto se estaba poniendo de un color chistosito.

—¿Y cuánto tiempo llevas por acá?— le pregunté bien extrañado.

—Aquí no se mide el tiempo amiguito, aquí lo que se mide es la felicidad y yo ya llevo como tres toneladas de ella en mi mochila.

—¿Y no te pesa?

—Para nada. ¿Quieres una?

—Bueno.

—Con una condición: aquí tendrás que esperar a tus papás y a tus hermanos y a todos tus parientes y a los de tu tribu, según vayan llegando.

—¿Nada más?

—¿Te parece poco? Yo tuve que esperar hasta que nadie le hizo mal a nadie en mi pueblo y ahora sí la pasamos muy bien aquí.

—¿Y de dónde eres pues?

—De tu tribu.

—¡Híjole!

Entonces el niño azul cerró los ojos para tratar de acordarse de su nuevo amigo, igual en todos

los rasgos a él; pero no, no daba pie con bola. Se fue quedando dormido y cuando despertó su casa seguía quieta. Pero le quedaba un consuelo: la sombra azul ya estaba de nuevo en las nubes y le pareció que desde allí, una mano de niño le hacía señas como de hasta luego.

—Hasta mañana, pues— y se empezó a poner de un color moreno bien bonito.



e l gran muro

Dos niñas juega que te juega frente a una pared, o mejor dicho, un muro.

Era un muro muy curioso. Liso por dentro y arrugado por fuera, como piel de elefante, y por lo tanto largo —larguísimo—, pero bastante más ancho —anchisisísimo—. Y de un color bien padre: amarillo canario (recién nacido).

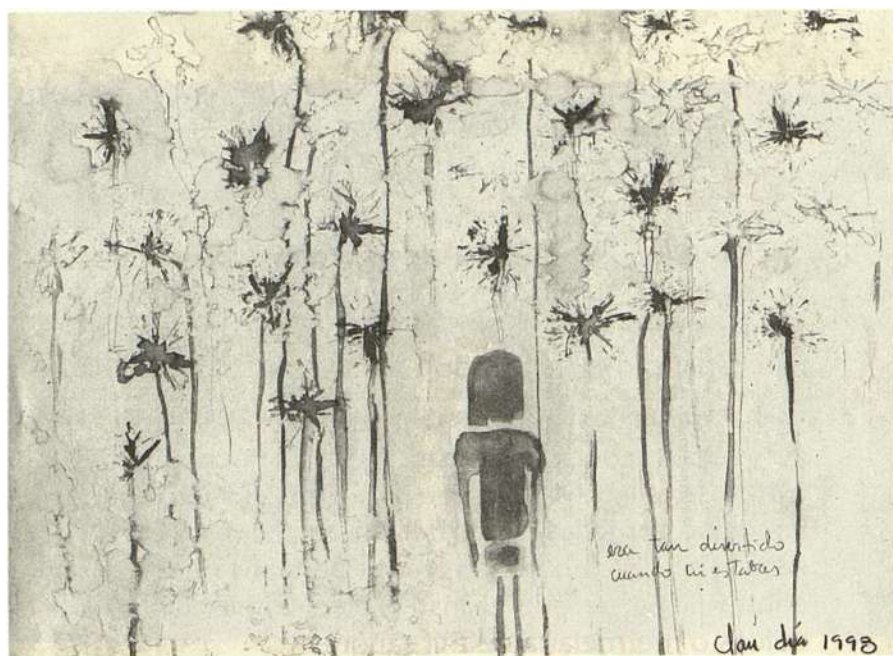
Las dos niñas se la pasaban jugando todo el día, y a veces, ni cuenta se daban, hasta de noche. Pero eso no era motivo de preocupación: el muro era luminoso como las nubes de verano. Su juego consistía, principalmente, en arrojar pedazos de tierra contra la pared que al instante se convertían en dulces o mermelada de mil sabores.

¿Qué pasó entonces?

La niña más chica se fue a vivir con unos papás muy buenos y la niña grande se quedó muy triste porque no se pudo despedir de su amiguita.

Sólo decía a toda hora: era tan divertido cuando tú estabas.

Y sí, ahora la vida y la muerte ya no juegan juntas.



Sonrisa infantil

Chiquita linda:

Hoy platiqué con una niña igualita a ti cuando eras pequeña. Con la misma forma de la cara: almendrada, igual que el fruto después que pasó la luna llena, el pelo lacio de china o japonesa sobre la frente y la mirada tan parecida que podría asegurar que son la misma persona. ¡Y la sonrisa! Idéntica a la tuya, con todo y las flores inventadas cayendo del cielo hasta cubrirme de besos y pétalos. ¿Te acuerdas cómo olía tu cuarto? Son los jazmines y las rosas y miles más que te van a robar el corazón para que siempre seas mío —decías.

Eran tan bellos tus sueños que entonces yo ocupaba buena parte del día para agrandar tu sonrisa hasta darle la vuelta al mundo.



Nunca el
oficio de pa-
dre fue tan
hermoso.

Tu niñez
se me quedó
como oruga
fabricando
su casa, aún
a sabiendas
que pronto

volarías como mariposa.

Sucedió lo inevitable. Nada más que tu fantasía
fue demasiado grande: te convertiste en águila. Tu
vuelo, muy alto, lejano. De capullo te transformas-
te en fruto.

Entonces fue el tiempo que en vez de flores llo-
vía del cielo mi propio llanto. Y aprendí a regar un
jazmín y una rosa que dejaste a la orilla del cuarto.

Mis manos toscas por poco las quiebran una
vez. Pero tu sonrisa, oculta en el horizonte, apare-
ció con el alba como un sol tierno y paciente que
derrama vida y calor para todos.

¡Cómo te quiero, hija de mis propias flores!

(Y esta niña que me ha regalado una de tus son-
risas).

pequña madrequita

—Si tuviéramos que escribir nuestra historia, ¿por dónde empezarías?

—¿Tiene que ver cuando salgo de tu panza y me enseñas que la leche es tan importante como el agua?

—Puede ser, pero no necesariamente; porque lo que importa no es el orden de los recuerdos sino la importancia que tú les das y por dónde quieres empezar.

—¡Ah, bueno! Entonces te voy a contar algo que no le he dicho a nadie —ni a ti—, pero no te vayas a molestar mamita.

—Para nada amor mío. A ver, cuéntame. Eso suena como muy, muy importante.

—Mmh. ¿Te acuerdas del día de mi cumpleaños? Vamos a la playa muy temprano tú y yo solitas a ver salir el sol.

—¡Claro! Guardé en mi cofre de tesoros el primer regalo que me diste: una conchita blanca y rosa.

—Bueno, pues ese día sentí algo muy lindo, todavía lo siento: el castillo de arena que voy haciendo con la conchita se desbarata a cada rato con las olas. Pero tú me has dicho que hay que tener un poco de miel y de paciencia para todas las cosas. Como no hay mucha luz —así tomaste la foto ¿verdad?— los colores se esconden atrás de las nubes bajas. Hasta que sale el sol y en un momento cambia el paisaje. Te veo echar una pequeña lágrima, como dando gracias. No sé a quién. Ahí es cuando mi castillo dura hasta el mediodía que regresamos a la casa. A mi concha le salió una hijita. Se la iba a dar a Petra, mi muñeca, pero mejor te la doy a ti como segundo regalo. ¿Te gusta la perlita que se formó de tu lágrima?

—Hija adorada: tú ya estás preparada para ser madre, nada más espérate un poco más de tiempo ¿quieres?



m i primer amor

Yo quise hacer el viaje solo. Yo y nadie más. Solo.

Me fui empequeñeciendo de tal modo que las margaritas me servían de sombrilla para la lluvia.

Recuerdo que tanto mi abuelo como mi mamá me lo repitieron miles de veces: ten mucho cuidado con el parque de los caracoles. Pero nunca me dijeron por qué. Es claro que el misterio nos fascina a los niños y por eso yo soñaba con ir un día solo.

Por eso, el día que se puso grave el abuelo, mi mamá se la pasó cuidándolo y lo que yo hice fue esconderme de mis hermanos y me fui al jardín precisamente al parque de los caracoles—, solo. Bien solo. No tenía ni pizca de miedo a pesar que

el oscurecer se ponía entre gris y verde amoratado.

Me di cuenta del encantamiento muy tarde: el sol se fue haciendo rojo guinda y muy grandote mientras yo me hacía más y más chico. Las cosas se acomodaban de otra manera.

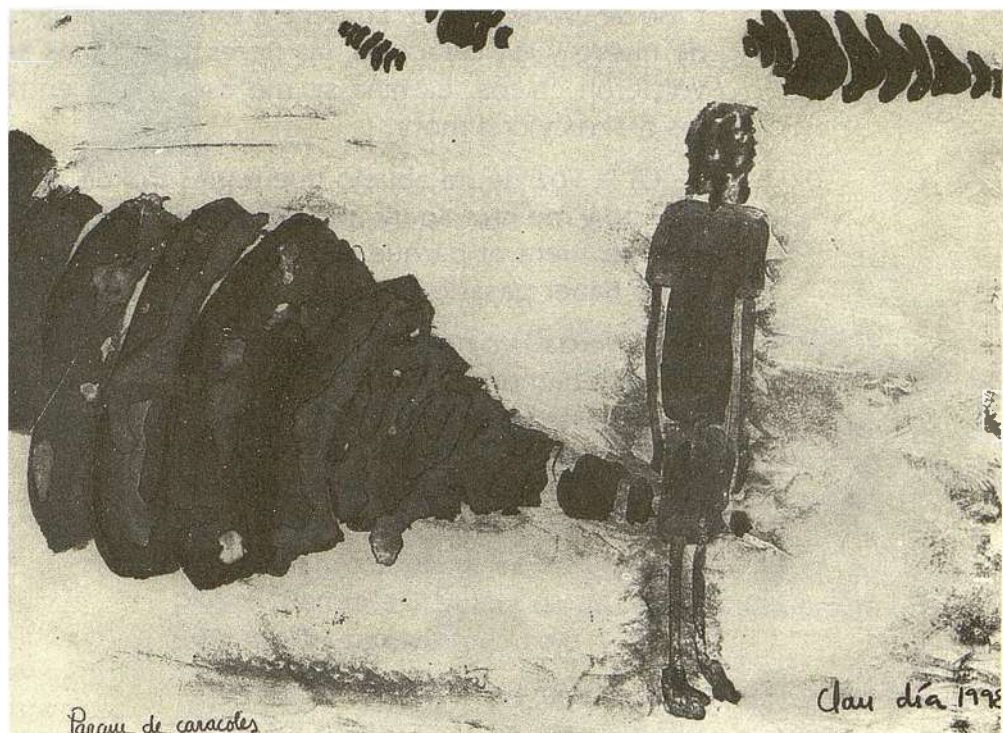
Al caracol que traía en la bolsa lo tuve que soltar porque pesaba como cien kilos. Empezó a arrastrarse más rápido de lo que yo caminaba y varios de sus compañeros lo siguieron al mismo paso. Esto ya no me olía muy bien. A cada paso que yo daba, todas las cosas se iban haciendo más y más grandes ¡Los árboles parecían montes! ¡Cómo se me hizo largo llegar hasta el estanque de las ranas! ¡También gigantes!).

Ante un griterío de croac-croac ruidosísimo los caracoles se detuvieron como por milagro.

Y una niña de mi edad más o menos empezó a cantar una cancioncita suave en un idioma muy extraño. Era delgada y muy morena, pero sus ojos brillaban como luna llena.

Me acerqué con mucho cuidado. Nunca había visto a nadie tan bella, ni a mi mamá.

Los caracoles la cercaron para impedirme el paso. Pero a un gesto de ella me dejaron pasar. No se me ocurrió otra cosa que darle un beso como en las películas.



Yo creo que le gustó, pues me lo devolvió en cosa de tres segundos. En seguida sentí el cuerpo muy raro. El olor a humedad y el sonido de unas marimbas pequeñinas se me agolparon en la nuca y sudé frío. El corazón retum-tum-baba a grandes tamborotazos. Tuve la sensación clarísima de volar, pero no estoy seguro. El caso es que de repente todo se ensombreció. Empecé a tomar mi tamaño de nuevo y los caracoles, las flores y las ranas se volvieron chicos. La niña se me escapó de entre los brazos y creí morir.

Oí la voz de mi abuelo que regresaba del otro mundo y me hizo sentir mal, muy mal: -hija te dije que no fuera al parque de los caracoles solo; le pudo haber pasado lo peor.

La verdad yo no sé que es peor: si estar muerto o estar enamorado.

Las pintoras

Juanito: quiero contarte algo único. Y por eso te pido toda la atención del mundo.

Figúrate que en uno de esos días que el sol apenas y se atreve a abrirse paso entre las nubes y yo andaba con la vista enredada el suelo (por aquellas fechas que tu mamá nos dejó tan tristes a ti y a mí), el viento soplaba muy fuerte y muy frío en la playa; cuando a la vuelta de una palmera, una señora estaba pintando el mar.

Una niña pequeña, seguramente su hija, le señalaba todas las cosas que se metían en el paisaje. Apenas y les presté atención, pero como el aire arreció, le hizo volar el marco a la pintora y éste voló más de veinte metros y cayó a mis pies. A los

gritos de la niña me animé a recogerlo y llevárselos.

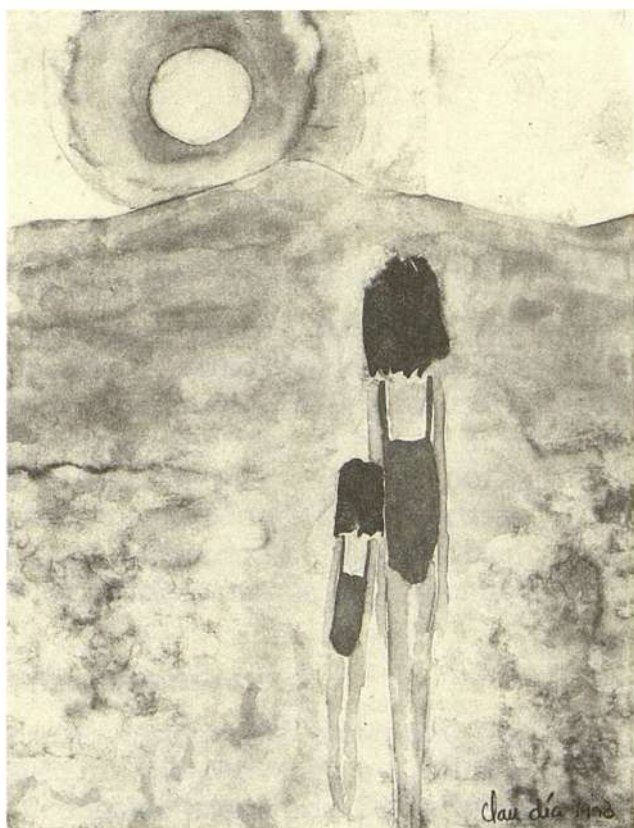
Pero cuál no sería mi sorpresa al darme cuenta que el marco no tenía lienzo. Es decir ¿en qué pintaba la señora aquella? Me dieron las gracias como cien veces cuando se los devolví y la niña le hizo prometer que yo también debería ir en el cuadro. A lo que ella —muy entusiasmada— dijo: ¡claro!, en primer término, ya que había sido el salvador de su obra de arte. Agradecí aquel gesto pero me pregunté ¿sin tela? Como si conociera mis pensamientos dijo —¡Sí por supuesto! Lo que importa son los colores maravillosos y fantásticos con que yo pinto.

—Además, señor, mi hija es ciega por lo que verdaderamente no interesa mucho eso.

Sentí que me quería dar un mensaje de amor y se lo reconocí de veras. La niñita se despidió con un beso y la mamá me tendió la mano, como distraída. Le vi la cara y mi asombro se convirtió en el tamaño del mar: ¡la señora también estaba ciega!

Ambas me sonrieron agradecidas. La niña señalando las cosas y su mamá pintándolas con un colorido realmente maravilloso. Se me ocurrió pedirle un poco de sus pinturas y aquí las traigo; para que ahora tú y yo tratemos de hacer algo como

ellas, ¿porque sabes qué?: el sol brilla y brilla y hay
que ver siempre para adelante.



Buscando a Carlos

Ese sueño no me gustó nadita de nada.

Carlos me había dicho que el caminar por lugares que uno no conoce es cuestión de fijarse bien. No que hay que dejar de hacerlo porque si no ¿cómo es que nuestros papás son nuestros papás? Si se hubieran quedado en sus tierras, cada quien por su lado, no estaríamos platicándonos nuestras cosas. Y mi hermano Carlos —lo reconozco—, piensa bien. Por eso es que lo quiero, no porque sea mayor que yo.

Pero esta vez no le hice caso.

Los caballos son mis animales preferidos. Y en el desfile de ayer, ese caballito negro me restiró la piel como el tambor de juguete de Carlos. ¡Qué

chistosos son sus juguetes! Me encantan pero mi mamá y mi papá me tienen prohibido jugar con ellos. Pero Carlos me guiña el ojo y me dice: espérate hermanita, deja que salgan del cuarto y tú y yo jugaremos. Es realmente bueno y nada egoísta. Cuando sea grande y sea mamá quiero tener un hijo como él.

Bueno, el caso es que me subí al caballo con la ayuda del soldado y emprendimos una carrera rápida y muy loquita. Me agarré a la crin —lustrosa y arreglada— en el momento que el soldado se resbaló y me dejó solita montando como Dios me dio a entender.

Vuelta para acá, vuelta para allá, tres cuabras para adelante, una para atrás, media vuelta y ni modo de ver que nos habíamos salido de la ciudad. Los árboles del campo se me escapaban muy de prisa, hasta que llegamos a un arroyo y empezó a tomar agua. Mi caballo estaba muy cansado de tanto correr y correr.

En ese momento me acordé de las historias de Carlos y cómo los unicornios se llevaban a las niñas a los campos para sentir a la lluvia mojar mis ropas y el cuerpo sudoroso del caballo y el mío se vuelven uno solo. Al final de aquel cabalgar de respiraciones de subibaja, el arcoiris lo pasamos por abajo. ¡Cómo hubiera querido que Carlos me acompañara en aquella aventura!

¿Y ahora cómo le hago para regresar a mi casa?
A estas horas del atardecer mi papá y mi mamá ya han de estar buscándome y me imagino a Carlos, siempre tan tranquilo decirles: no se preocupen, Diana no tarda en regresar, pues el mieditis no anda en burro.

Podría tener razón, pero el caballo se murió de susto y a mí en la noche me dan ganas de dormir y soñar que estoy buscando a Carlos en el cielo, porque ya los lugares de la tierra se me acabaron.

Y este sueño que no me gusta nadita de nada.



La espera

(o por qué no hay que ver tanta telenovela)

Nos hicimos novios en tercero de kinder ¿te acuerdas Ullisito?

En esa época no te daba vergüenza andar de pantalones cortos y a mí todavía no me salían granitos en la cara. ¡Ah, pero eso sí, odiaba a los demás niños! Tú no, porque eras muy lindo conmigo: me dabas de tus dulces y de tu fruta.

Pero el tiempo ha pasado y hay cosas que se van olvidando poco a poquito. Como esa vez que el perro del prefecto te arrancó la mitad de los pantalones por meterte a robar mangos a su casa. ¡Te veías tan chistoso! : enseñando las nalgas y blanco blanco de coraje...¡de susto! Y como aquel día que le pegaste un papelito en el trasero de la maestra que decía "toma todo".

¡Oye!: y cuando yo me quedé encerrada en el baño de la directora porque se le olvidó que me había castigado pues no repetí la tarea todas las veces que me dijo y me encontraron bien dormida hasta la tarde. Y mi mamá enojada hasta la pared de enfrente.

Me gustaban mucho los juegos, pero mucho más las canciones. A pesar que éramos bastante desafinaditos, ni a cuál irle.

El otro día pasé frente a la escuela y ya la tiraron. Ni el eucalipto de la entrada quedó. Dicen que la maestra Elvirita se tiró al pozo y por eso la cerraron (bueno, a la escuela tú).

Todos los amiguitos del barrio se fueron para tantísimos rumbos, menos tú que me juraste amor eterno —¡mentiroso!—, aunque tengas las tres efes: feo, fuerte y informal.

En fin que ya ha llovido algo de ese tiempo para acá y el caso es que no es lo mismo ser tu novia de kinder a quedarme a hacer la tarea sola y a seguir haciendo y deshaciendo todos los días este rompecabezas que no tiene pies ni cabeza.

“Perdón olvidé decirte que te odio”

Ahora que cumplas tus siete años espero que te acuerdes que te lo dije cuando la niña rica esa, tan fea la pobre, miope y además retardadita. Pero yo te sigo esperando.



nuestro mundo con **Clau-dia**

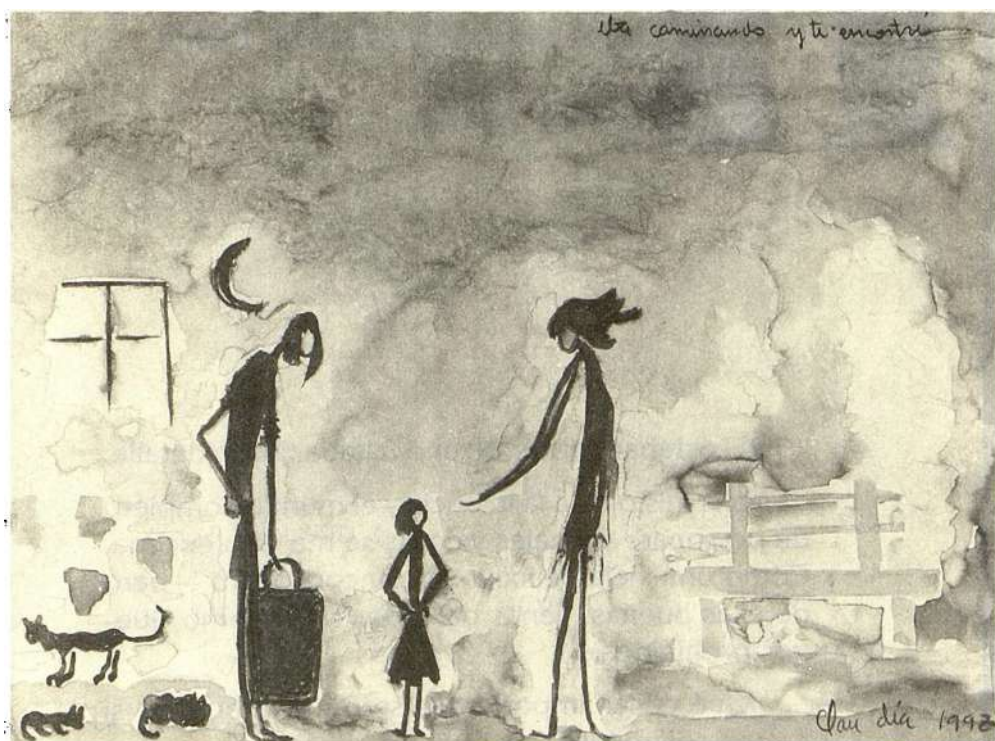
Allí estaban todos. Ni uno faltaba. Ni un detalle.

Volví mis ojos a la infancia y el mundo completo de personas, animales y cosas se me vino encima. Como una vieja película en blanco y negro —pero de esas buenas, llenas de “poesía”—, como «Juegos prohibidos».

¿Qué cosas importantes se me aparecieron si fueron solamente tres instantes y medio?

Te me apareciste tú. Iba caminando y te encontré al lado de esa vieja señora que es tu madrina. Chistosa y trabajadora doña Tina, me consta.

—Venimos del mercado —me dijo, como disculpándose. —Pero el dinero ya no alcanza para nada.



—Eso dices tú madrina, pero mira: traes los huesos para “Mandarín” y “Gendarme”, y los pellejos para “Mici”. Y como antes puedes hacer una buena sopa, nos alcanzará para todos. A mí me das la médula con una tortilla y sal y listo.

(Mi buena Claudia: siempre tan optimista).

Pero se hacía tarde y de la ventana de la casa de una vecina se oyó la voz grave de la Luna: ¿Adónde fue el bolero que dejó la banca vacía?

Empecé a sentir una irrealidad anaranjadamente confusa.

Tus animalitos me gruñeron feo, como desconociéndome.

Me dije que era tiempo de retirarme y te pedí un beso.

Recuerdo vagamente los versos que te enseñé de Pablo: “Mi amor es un niño que llora” y dejando a un lado tu infancia te diste la media vuelta y me dejaste con el libro a medio cerrar y la boca abierta.

Nunca esperé esa respuesta. Pero sí, allí estaban todos. Ni uno solo faltaba. Ni un detalle.

Sólo una mano casi vacía, si no fuera por el lápiz terco que escribe y escribe.

«Cavito»: y en vano te oculta el horizonte

De nuevo le dieron ganas de salir a caminar.

—A ese niño las fantasías lo van a llevar muy lejos—, mi había dicho una adivinadora en la feria. Yo no dije ni sí ni no, habría que estar atento.

Cuando m'hijo cumplió cuatro años, el día de la lluvia con sol, se puso rumbo —pero directito— hacia el arco iris.

Si no hubiera sido por dos trabajadoras de la granja de doña Soledá, ésa: la de los límites del poblado, mi hubiera dado un buen susto.

—Mira papacito—, le dije con harta paciencia: procura namás alejarte hasta donde yo te pueda ver ¿entendido?



—Entendido. (¡A esa edad!). Creo que la siguiente semana nos regalaron un chivito y no se me ocurrió otra cosa que dárselo con una condición: que lo volviera su mascota pa' que siempre ande acompañado, y por otro lado pa' que me hiciera caso en todo lo que le decía. Feliz aceptó.

Y yo por otro, pues a los cinco era más mansito que el propio chivo y ya estaba aprendiendo a leer y escribir. Una vez les estaba contando la historia del sol naciente que me contó mi abuelo (y digo les estaba porque

“Chavito” —el chivo—, no se separaba de él ni de noche ni de día ¡qué mejor ángel de la guarda para mi muchachito!). Cuando terminé me dijo muy serio: eso tá muy bonito ¿lo escribió un poemista? Así es, le dije, sorprendido por su conciencia.

—Entonces yo voy a ser poemista ¿verdad “Chavito”?

—Beee, —respondió el otro, como diciendo que sí.

Me puse a resolver un problema que mi había costado mucho trabajo desde hace unas semanas

y el caso es que a eso como de las cuatro de la tarde los llamé a comer. No me hicieron caso. (Han de andar por la granja de doña Soledá —pensé—). Salí a buscarlos y nada.

Ya'staba el sol cayéndose de cansancio y yo de preocupación, cuando doña Soledá me dijo que los había divisado allá tras lomita.

—Pa ónde.

—Pal poniente.

¡Madre mía, por el barranco!

Me puse a correr como condenado y de vez en cuando les echaba grandes gritos: —¡M'hijo!, ¡"Chavito"!, ¡Pa-pa-ci-tooo! Y na'más los puros ecos.

Cuando allá a la distancia, se me afiguró ver la silueta del chivo. ¡Ora verán canijos!

Iba yo tan rápido que le iba ganando terreno al sol, pero no tanto. Las sombras se iban haciendo grandes. Ya sé, mejor me voy por el recodo. Así lo hice y de seguro me les adelanté bastantísimo. Voltié la vista pa'tras y únicamente vi de nuevo la figura de "Chavito". Se mi aceleró el corazón. Un nudo en la garganta me dificultaba la cosa.

Por fin cerqué al chivo y jalándolo de la rienda delgadita le pregunté a señas. En eso se dio la media vuelta y al trote agarramos pa la casa.

—¿Seguro “Chavito”?

—Beee, —afirmó y cada vez más rápidito y yo medio muerto de miedo y medio muerto de cansancio.

Cuando llegamos, la luz estaba prendida y el chamaco ingrato durmiendo en una silla sobre la mesa de la cocina, con el plato vacío y un papel garrapateado con unas palabras malhechotas:

pAso miS piEd Dras mien tRAs tu PaZaS
sieM pRe me Ha gusTADo dezirteLo
porque Eres Como uNa rrOcA *

Quería llorar y pegarle, abrazarlo o darle tamaño grito, pero en eso se despertó y viéndome bien acongojado na'más me dijo:

-Ora sí sé que aprendí a caminar muy lejos. Las palabras te sacan de a'onde vives. ¿No t'importa?

¡Qué va! Mi hijo está más vivo que nunca.

—¡Beeeee! asintió el sudoroso “Chavito”.

**: Dictado original por mi hijo Alejandro.*

hermanas

Se quedaron viendo muy fijamente la una a la otra.

No puede ser... está cambiadísima, pensó la primera.

Es increíble, no es posible que se haya puesto tan fea en este tiempo, se dijo la segunda.

En verdad habían pasado muchos inviernos, otoños y todas las estaciones del año. No daban crédito a sus ojos. A partir del momento dolorosísimo de la separación por causa de la guerra sus destinos fueron como las seis en el reloj: una manecilla para un lado y la otra al contrario.

Algunos viejos amigos y varias organizaciones de derechos humanos, al conocer los detalles de



sus increíbles biografías hicieron hasta lo imposible por volver a juntarlas.

Reyes, presidentes y directores espirituales de todas las religiones se afanaron con esmero para el día tan ansiado.

Había expectación en todos los medios de comunicación por conocer las reacciones de las hermanas siamesas más famosas del planeta. (Al anciano padre lo despertaron y lo vistieron de gala).

—Hola chulis, estás tan bella como siempre— dijo la segunda.

—Y tú nos has cambiado para nada encanto— masculló la primera.

Después de un silencio incómodo, roto por fin por la que parecía más alegre:

—De todos modos te he extrañado.

—Yo también.

Y de nuevo otro gran silencio.

—¿Vas?

—No, vengo. ¿Y tú?

—No, yo voy.

Así, después de un abrazo desairado, la vida agarró para un lado y la muerte para otro.

(—Qué se le va a hacer, así son ellas— explicó el padre, y sonriente siguió su siesta).

E

**n una
casa
llena
de...
cuentos**

Guadalupe Azuara Forcelledo

Si dedico estos cuentos a alguien
necesariamente serán para Alejandro,
extraordinario niño que cambió
totalmente mi vida. Como cada día mi
amor para ti, siempre.

y o no soy yo

—Tengo la rara sensación de que yo no soy yo y que tú no eres tú, me dijo Amir, esa lluviosa tarde que fui a visitar a la abuela. La casa vieja y destartada lucía oscura y sólo se iluminaba cuando los rayos caían. El aguacero estaba en su punto. Amir es mi primo, tiene sólo un año menos que yo, que tengo nueve; pero me parece la persona más extraña del mundo, es chaparro, sólo me llega al hombro, gordito y usa unos lentes que parecen el fondo de las botellas en que la tía Mari pone el rompoppe de navidad. Además siempre anda muy misterioso con un libro en la mano y un lápiz en la oreja.

—Sí, Sergio, creo que yo soy tú y tú eres yo, me insistió imitando con su voz a los chavos del Fantasma Escritor.

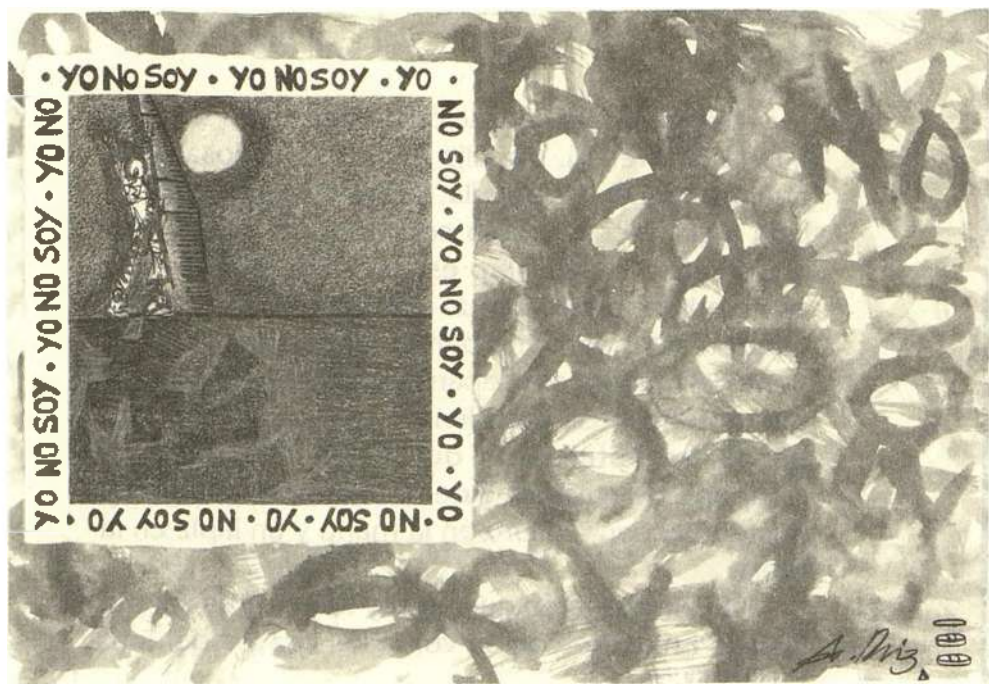
—Estás loco, le dije, yo soy yo y tú eres tú, no inventes.

—No te lo juro, mira, ven vamos a la ventana y te voy a enseñar algo.

—¿Y por qué mejor no prendes la luz?

—No se puede, mi abuelita dice que cuando hay rayos hay que desconectar todo.

Al acercarnos a la ventana un rayo iluminó nuestras caras en el cristal: flaca y de pelo lacio la mía y la de Amir gorda , de pelo rizado y con lentes.



—Oye ¿y la abuela donde está?, le pregunté.

—Se fue a acostar, dice que le duele un oído

—¿Y tu mamá?

—No ha llegado, ya sabes que también trabaja en las tardes.

Nos sentamos en el borde de la ventana, la lluvia sólo nos salpicaba, pues la casa tenía un corredor ancho protegido por un caidizo de tejas.

Amir se sentó en el sillón de la abuela y sacó su libro, estaba todo arrugado y con la pasta maltratada.

—¡Mira! me dijo. Te voy a leer algo, pero no te vayas a espantar.

—No hombre cómo crees iyo no soy miedoso!

—Bueno: "Tengo la rara sensación de que yo no soy yo, ni tú eres tú, le dijo Juan a su primo Luis..."

—Igualito que tú me dijiste, interrumpí.

—¡Shhhh! Cállate, déjame seguir leyendo: "Mira tus manos se parecen a las mías, —¡No es cierto!, sí, mira, el duende me dijo ayer que cuando la luna está bien llena, le gusta jugar canicas, pero ya se le acabaron y quiere que le demos mis canicas y tu balero porque si no nos va a convertir el uno en el otro. —¡Oye y por qué mis juguetes, dale tú los tuyos, protestó Luis. —Porque si no te volverás yo, dijo Juan".

—Viste, me dijo Amir, a mí también me dijo el duende eso.

—¡A ti! ¿cuándo?

—Ayer cuando me asomé a la ventana a ver por qué ladraba Capitán. Vi una sombra junto a la mata de tulipán, que me lo dijo. Ven vamos a mi cuarto a ver si lo vemos otra vez.

—No, tú estás zafado, los duendes no existen.

—Pues éste sí, creo que quiere mis libros y tu Nintendo.

—¡Queé! ¡Noo primo! Mejor me voy, tú estás muy raro hoy. Sabes que mi papá me cinturonea si algo le pasa al Nintendo.

—Bueno, yo no sé, pero te digo que anoche cuando me asomé, junto a la mata de tulipán había una como sombra que me chisteaba, y me dijo cosas que no entendí, pero leyendo este libro de la abuela, me di cuenta que quiere nuestros juguetes.

—Estás bien loco, yo ya me voy. Le dices a la abuelita que mañana viene mi mamá.

—Como quieras, adiós Sergio.

Después de una noche llena de truenos y relámpagos, Sergio se levanta asueñado. Se dirige al baño y rompe a gritar cuando al ver al espejo la imagen que éste le devuelve es la de un niño bajito, gordo y de pelo rizado.

Lágrimas de cocodrilo

A mi hijo Alejandro
porque de sus ideas nació este cuento

Los grandes ojos color café del lagarto se asomaron una vez más a la superficie de la laguna. Cualquiera diría que se le alargaban por el agua, pero no: le salían fácil las lágrimas. La laguna estaba en calma, el viento había cesado, y todo parecía indicar que ya no llovería más. Pichi, el lagarto, se sentía solo: Cuando era pequeño su curiosidad lo había llevado a perderse en el pantano donde vivía, separándose de su familia, luego fue arrastrado por una corriente que lo internó aún más en las zonas profundas del popal. En ese lugar vivían pequeños peces y roedores de los que se alimentaba. Así pasó el tiempo y Pichi poco a poco creció. Pero se sentía solo. Era una sensación indefinible que le pesaba en el cuerpo, cuando el sol se

acostaba por las tardes o cuando en el tiempo de nortes la lluvia lo bañaba por días y días. Entonces se ponía a llorar.

Esa vez, la temporada de lluvias fue como nunca, llovió y llovió. Los ríos bajaban palotada y tierra, las lagunitas y los popales crecieron tanto que se unieron y la tierra dejó de verse, la región se convirtió en una laguna inmensa. Sólo sobresalían los árboles más altos y los manchones enormes de jacintos que hacían isletas donde los zanates, las garzas, las chachalacas y otras aves anidaban, a más de pequeños roedores acuáticos, innumerables culebras y unos cuantos lagartos que salían de sus escondites llevados por la crecida. Pichi era uno de estos.

Salió el día que más llovió. Cansado de nadar, llegó hasta la orilla encontrando una vereda de tierra, lentamente trepó por



la pendiente hasta quedar en un camino de terracería el cual recorrió sin darse cuenta que dos pares de ojos seguían con temor su lento avance. Eran dos niños que estaban subidos en un gran mangle. Apenas Pichi se alejó un poco salieron a todo correr hasta su vivienda, una humilde casita de seto y techo de palma. En ella refirieron a grandes voces a su padre lo que habían observado. Este vio al pequeño lagarto y decidió cazarlo. Buscó su machete y una vara enorme de caoba de un árbol que habían tumbado por esos días, llamando a grandes voces a su compadre:

—Compa, compa, venga, mire salió un lagartito, vamos a darle mate y nos hacemos unas chancas con él,

—O de perdis, unas bolsas pa' las mujeres.

—Dicen que su carne sabe buena.

—Pues yo no sé, pero a como anda la situación, con esta creciente cualquier cosa es buena.

—Pues órale, traiga a sus muchachos.

Ya se había juntado una bola de gente en el lugar donde Pichi descansaba ajeno al alboroto que se había formado.

Una vez en el lugar, Jaime, el campesino, y sus amigos procedieron a cazarlo, tirándole lazos en el cuello y en la cola. Después de una breve lucha Pichi se dejó llevar, quizá estaba cansado de nadar sin rumbo.

Lo dejaron en un corral vacío, para decidir su suerte. Ya en la tarde pasó por allí un comerciante

de telas y baratijas, compadre de Jaime.

—¿Qué pasó compa? dice el chamaco que agarraron un animal hoy en la tarde.

—Pues no va a creer usted, un lagartito.

—Vaya, así que un lagartito ¿y de qué tamaño? ¿chiquito?

—No, compa, es grandecito, de más de metro y medio.

—Ah caray, ¿y cómo lo agarraron?, de milagro no los colió, porque esos animales pegan con la cola cuando los siguen.

—Pues sí, pero la mera verdad, es que el compadre Juan es ducho en esas cosas y lo pudimos lazar. Dice que hace muchos años, cuando andaba pescando, un lagarto más grande le voltió el cayuco y casi le arranca un brazo, pero traía un buen machete y logró metérselo en un ojo y se pudo escapar. Venga se lo voy a enseñar.

Los hombres se dirigieron al corral donde, fatigado, Pichi se encontraba descansando cerca de un gran charco de lodo.

—Y qué lo van a hacer, si se ve rete triste, nomás mírele esas lágrimas.

—Sí hombre, y la mera verdá pues no sabemos, a lo mejor salpicón, dicen que no sabe tan mal,

—Oiga compa ¿y por qué no mejor me lo vende?

—No, pues si me da algoito. Me viene bien, es que con la creciente ya estamos aburridos de co-

mer pescado, ya ve que ora hasta las jlcoteas y los pochitoques se están acabando.

—Pues uste dice, si quiere le traigo una despensita de Villa.

—Pos está bueno, a su comadre le var a dar harto gusto.

Y así Pichi, todo amarrado fue a dar al fondo de una camioneta, que traqueteando y resoplando lo llevó al mercado. Sus ojos cada día estaban más tristes. Dicen que los animales no lloran pero de los de Pichi escurrían gruesos lagrimones. Se imaginó muerto y sus lagrimas parecían ya los hilillos nacientes de algún arroyo. En el amanecer de un día gris y nublado se encontró en un puesto del mercado, sus vecinos: cacaraqueantes gallinas y gallos, chillones pavos y cerdos, alborotadores pericos, calandrias y loros, parecían decirle que ya no estaba en su mundo. El lagarto trataba de deshacerse de sus ataduras, pero cada vez estaba más débil. Parecía que su destino era convertirse en un reluciente bolso de piel o en varios cinturones. Se le escurrieron dos largos lagrimones.

Pero el destino quiso que por allí pasara un biólogo, conocedor de los animales y amigo de ellos. Cuando lo vio, pensó en denunciar al vendedor, ya que la caza de éstos y otros animales está prohibi-



da en muchos lugares, pero pensó que para cuando lo hiciera el lagarto ya estaría convertido en cinturón o maleta, así que decidió sacrificar otras cosas y lo compró. De manera que Pichi fue llevado al Cocosaurio.

Una vez allí, y después de las explicaciones acerca de cómo fue adquirido, lo soltaron en un estanque junto a otros lagartos similares a él en tamaño. Pichi no podía creerlo, ante él habían otros seres iguales, poco a poco la pesadez que le amarraba el cuerpo fue abandonándolo y se dejó llevar por la lluvia que empezaba a caer. Se encaramó en una terraza a recibirla con su gran boca abierta, mientras le volvían a brotar los lagrimones que ahora sí, eran de felicidad.

andrés y sus tenis

Con amor a Claudia Yvette y Humberto,
mis hijos también

En una casa situada en el fondo de un callejón vive Andrés, un niño de nueve años, con su madre y un hermanito. Su papá, albañil de profesión murió cuando trabajando tropezó con un cable de energía eléctrica. Su madre ahora lava ropa ajena para sostener el hogar, por eso mismo Andrés recorre las calles del pueblo todas las tardes para vender los chicharrones y papas que Julia, su madre, prepara después de terminar la jornada de lavado.

Son las nueve de la noche, Andrés y Jaime su hermanito meriendan su café con pan. Julia lo reprende con suavidad:

—¡Ay hijito! ya sé que estás cansado pero tienes que acabar la tarea, ya van a ser los exámenes



le fin de año y ahora sí tienes que pasar, ya no quiero que vuelvas a reprobar. Tienes que estudiar hijito, sólo el que estudia puede llegar a ser algo en la vida, ya ves yo no terminé la primaria y nomás para lavar ropa sirvo. Qué más quisiera poder darte más cosas, pero tienes que estudiar para que puedas llegar a ser alguien.

Andrés la mira mientras toma su café.

—¡Ay! mamá, ya lo sé, pero la verdad es que a veces estoy muy cansado, ya ves que en la mañana tengo que ir a la escuela y luego en la tarde a chambear duro, y luego a veces no tengo tiempo de hacer la tarea y pues el profe me regaña; pero lo peor son estos tenis, ya están muy viejos, nomás me hacen pasar vergüenza.

—Mira hijito, qué más quisiera que poder comprar otro par, pero no me alcanza. Ando viendo a ver si plancho para poder juntar un extra y comprar unos nuevos.

Andrés la mira y menea tristemente la cabeza.

—¡Ojalá y de verdad existieran los Santos Reyes!, yo les pediría unos tenis nuevos.

—¡Ojalá hijo, ojalá! Pero ahora, vete a dormir y llévate a tu hermanito.

La noche como una cobija de calor cubre los sudorosos cuerpos.

En una hamaca duerme Andrés un sueño inquieto. Por la ventana abierta se mete el humo de las quemas de pastizales cercanos. Bajo la hamaca descansan los viejos tenis, están acabados, sucios y llenos de lodo.

De repente un relámpago ilumina el cielo, un tronido cercano se escucha y como por arte de magia los tenis se incorporan escuchándose una vocecilla ronca:

—Ya ves hermano, te lo dije, este niño no nos aprecia, tanto aguantarlo, y llevarlo a donde él quiere para nada.

—Sí hermano, mira como estamos, sucios y llenos de tierra...

—Y nuestras agujetas llenas de nudos por la flojera de nuestro dueño de no desatarlas. Vámonos de aquí, puesto que él no nos quiere.

—Sí, vámonos.

Los tenis caminan hasta la ventana, el aire que arrecia está a punto de tirarlos. En ese momento un potente trueno despierta a Andrés quien se incorpora y soñoliento busca sus tenis, se da cuenta que no están y los sigue buscando con la mirada hasta verlos en el borde de la ventana, corre por ellos, pero sólo escucha una vocesita que le dice:

—¡Hasta nunca, malagradecido!

Andrés asustado, no sabe qué hacer, pero cuando los ve saltar hacia las primeras gotas de la tormenta, se lanza tras ellos. La lluvia golpea el pavimento en ráfagas violentas.

Los tenis esquivan un charco pequeño y se dirigen a una casa, Andrés los sigue, pero al llegar a la puerta, escucha un grito que lo detiene:

—Condenado chamaco, te voy a dar con el cinturón, ¿por qué no hiciste lo que te mandé?, ora verás... —No papito, nooo, no me pegues... Andrés asustado, se agacha y sigue a los tenis que vuelven a moverse, éstos se detienen frente a un amplio garaje. Allí se escuchan otras voces.

—¿Por qué caramba tienes que venir borracho todas las noches? ¿Qué no ves el mal ejemplo que le das a tus hijos?

—Déjame mujer, déjame, ¡caramba!

—Si déjame, qué fácil, mira a Pedro, ayer lo expulsaron de la escuela, y hoy me dijeron que...

La tormenta cae bruscamente ahogando la discusión. Andrés observa desconsolado como sus tenis se pierden entre la oscuridad y la lluvia.

Del parque cercano se acercan corriendo unas figuritas: son niños de la calle, que corren a refugiarse del agua. Pasan a su lado sin voltear y se esconden en una construcción abandonada.

De pronto, tan rápido como comenzó, termina la lluvia. Andrés se toca la ropa mojada y sus descalzos pies le recuerdan los tenis perdidos. Triste, se encamina a su casa saltando los charcos recién formados.

Al llegar a su casita, piensa, —No tengo todo lo que quiero, pero sí a mi mamá que nos cuida a mi hermanito y a mí.

Empapado entra por la ventana, Julia y el pequeño siguen durmiendo. En silencio cambia su ropa, y se duerme mirando el lugar donde debían estar sus tenis: -Si tan sólo no los hubiera tratado tan mal, piensa.

Al otro día se despierta cuando el sol ya está muy alto. En la cocina su madre lo espera con un pocillo de café, frijoles y plátanos fritos.

—¡Oye hijito!, hoy es sábado y tu madrina me pidió que la fueras a visitar cuando acabes la venta... oye, ¿y tus tenis?

Andrés no sabe qué contestar, pero de sus ojos se desprende ternura al mirar a Julia.

—Ahorita los busco, loye mamá! es que te quiero decir que te prometo estudiar y pasar año, y no importa que tenga que seguir en la venta. ¿Sabes mamá? ite quiero mucho!

—¡Ay hijito! yo también, — le dice Julia y lo abraza; —Mira allí en la ventana están tus tenis, seguro se te olvidaron y están todos mojados ¿Y ahora qué te vas a poner?...

Unos toquidos en la puerta los interrumpen,



—Buenas, se puede...

—Buenos días comadre ¿qué hace usted por aquí a estas horas?

—Pues ya ve, visitando a las estrellas. ¡Nool, es que aquí le traigo una cosita al ahijado. Como no le pude dar nada en su cumpleaños. Toma hijo.

—Pero comadre, no se hubiera molestado, usted también anda amolada.

—Pues ahí más o menos, pero Dios da para todos. ¡Ábrelo! a ver si te quedan.

Andrés destapa la caja, y encuentra un reluciente par de tenis. Sin saber qué hacer, mira a su madrina y exclama: —¡Qué padres están! ¡ahora sí ya puedo tirar los viejitos!, pero todavía están buenos, será qué..., se interrumpe, —Gracias madrina, gracias, están padrísimos.

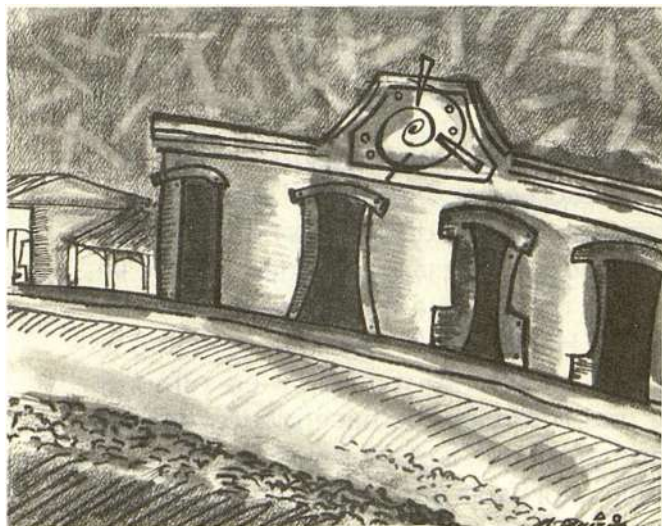
Por la tarde Andrés estrena sus tenis nuevos, mientras los otros lo esperan limpios y secos junto a su mochila escolar.

e l reloj

En la ciudad de Macuspana, existió un viejo reloj de pie. Colocado en la entrada del palacio municipal decenas de empleados y visitantes lo veían a diario admirando su pesada caja de caoba y la fina maquinaria, mandada a hacer especialmente en el extranjero. Hace casi un siglo fue mandado a fabricar por el presidente municipal en turno y pagado por uno o dos de los hacendados del lugar, para conmemorar la llegada del siglo XX.

El venerable reloj había visto pasar a muchas generaciones de secretarías y funcionarios de todo tipo, ciudadanos en busca de solución a sus problemas, vagos, rijosos y malvivientes que eran conducidos a la cárcel municipal situada en el fondo. Soñoliento, da la hora con sonoras campanadas e

impecable precisión. Su tañer alerta a la escuela ubicada a un lado, indicando las entradas y salidas. También sirve para que el campanero de la iglesia haga repicar sus campanas llamando a misa. Es el orgullo de la población. Su maquinaria la revisaba cada año un experto relojero mandado a traer de la ciudad de Mérida, el cual alaba la maquinaria, la afina, y antes de irse le salpica el costado con unas gotas del brandy con que el presidente municipal en turno lo obsequia, diciéndole: “Hasta el próximo año, viejito, a ver qué Dios dice!”



Ese día, el reloj daba las nueve campanadas con que los empleados empiezan a laborar, cuando ante él pasó una nueva secretaria rumbo a su trabajo en el registro civil. El reloj acabó de tocar justo cuando ella llega a su lado y deteniéndose le dice: “¡Qué bonito eres! Nunca había visto algo igual”, y con un gesto espontáneo, acaricia el cristal que luce al frente. Ese fue el principio de algo nuevo para el reloj, nunca nadie le había hablado con esa ternura y mucho menos lo habían tratado como la muchacha lo hizo.

El viejo reloj se acostumbró a las muestras de cariño de la chica y un día al dar las doce empezó a repiquetear con más fuerza de lo acostumbrado de tal manera que todos pensaron que algo sucedía. Unos que el obispo se iba, otros que el gobernador había llegado, y los presos de la cárcel vecina se amotinaron creyendo que había un incendio y se les abandonaba, pero no, es el viejo reloj que le canta al viento con cada engrane y ruedecilla: está enamorado. Pobre reloj, nunca se había sentido así. La causante, ignorante de esto sólo sabía que cuando le daba los buenos días la maquinaria chirriaba más de lo acostumbrado, así que empezó a hablarle, primero cosas sin importancia: “Ya vio que bonita mañana señor Dong”, o “Tengo mucha prisa, ya se me hizo tarde”; en otras ocasiones: “Qué bueno que sus campanadas suenan fuerte al mediodía, sirven para que mi jefe no tenga pretextos de la hora y nos deje salir a tiempo”. Cada día le dice algo más y el reloj ya sólo espera que sean las nueve, o la hora de la salida, aunque a las tres, la chica sólo se despide rápidamente.

Un buen día ella no llegó. El reloj tocó sus melodías tratando de atraerla pero nada pasó. Así transcurren varios días hasta que una mañana la muchacha regresa. Una sonrisa enorme le adorna la cara, cuando ve al reloj hace algo insólito, le da un beso en el cristal mientras susurra: “Estoy feliz señor Dong, tengo novio, lo conocí ahora que estuve de vacaciones en la casa de mi hermana, en

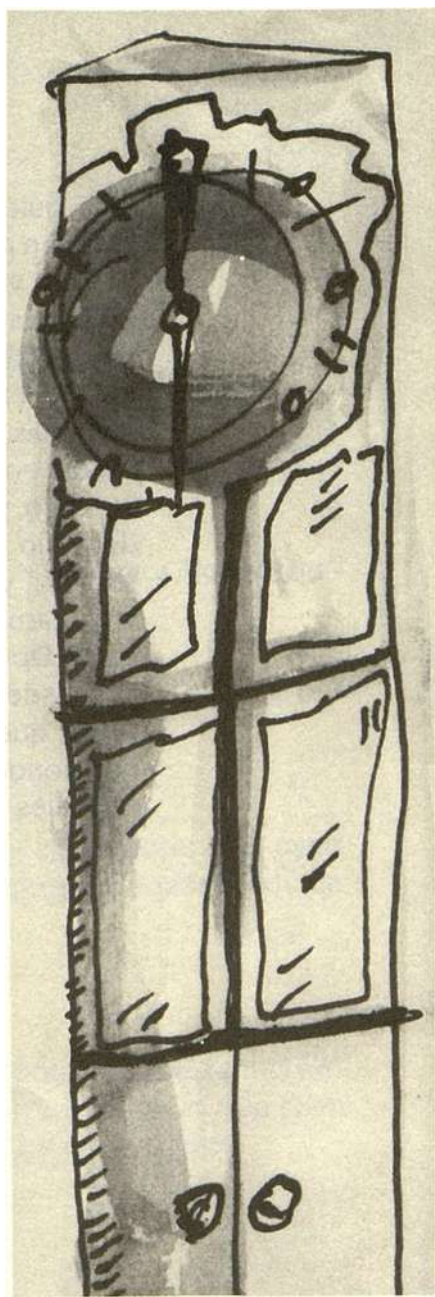
Villahermosa, es un compañero de trabajo de mi cuñado". El reloj quiso decirle algo, pero sólo salió un dong, dong, dong, que se fue apagando hasta convertirse en un ding, ding, ding, cada vez más apagado.

Lirie, que así se llama nuestra amiga, se alejó del reloj y no volvió. Éste dejó de sonar pese a cuanto arreglo le hicieron. Pasado un buen tiempo Lirie regresó y recostando su frente en el cristal empezó a llorar. La habían abandonado y estaba embarazada. No sabía qué hacer. El viejo reloj, se puso tan contento de volver a verla que empezó a sonar cada vez más alto, hasta que sus campanadas se fueron convirtiendo en palabras, algo roncadas y un poco difíciles de entender, pero cariñosas y amables: "Mira, le dijo, no llores, ese muchacho no te merece, puesto que hizo a un lado la oportunidad de ser feliz, y tú puedes volver a serlo otra vez, además, un hijo es una bendición del cielo, cada nuevo ser es un fragmento de eternidad hecho vida, cada cual tiene dones insospechados que sólo una madre puede ver y hacer crecer regándolo cada minuto de su vida". Lirie estaba asombrada, no sabía qué hacer, pero como quería mucho al reloj, superó el miedo. El reloj animándose le dijo: "No te asombres, pero me gustaría casarme contigo, como he visto a infinidad de personas hacerlo, sé que no somos seres iguales, pero estoy vivo y quisiera acompañarte". Ella, sorprendida, continuaba en silencio. Él continuó. "Hoy en

la noche vendrán a buscar algunos muebles y el velador es amigo mío, él también me habla, y ya le conté de ti, si tú quieres nos llevarán a un lugar muy lejos de aquí, donde no me encuentren”.

La chica, venciendo su asombro, aceptó. Después de un viaje pesado por caminos de terracería, llegaron a una ranchería muy alejada de la ciudad. Allí en una pequeña casa se instalaron. La mujer de Beto, el velador, no mostró asombro cuando el viejo reloj habló. Ella creía que las cosas y los animales tienen alma, y que con suerte podrían hablar, el reloj era una prueba.

En ese lugar nació el niño al que pusieron el nombre de Albeth, porque según Dong, quería decir “regalo”. Lirie y Albeth eran felices con Dong, él les contaba todas las noches hermosas historias de lejanos países, de piratas buenos, brujas hermosas y corderos malos. Pero sucedió que a Dong lo andaban buscando y llegó el momento que lo encontraron. A Lirie no le hicieron nada, pero al viejo velador lo empezaron a golpear, entonces Dong emitió un sonido tan fuerte que se quebraron los cristales de las ventanas y dejó sordos a los allí presentes. Beto huyó, no así



Lirie quien junto a Albeth, lloraron al ver que se llevaban al reloj.

Una vez reinstalado en su lugar en el palacio municipal, Dong, no volvió a caminar. Fueron inútiles cuantos arreglos le hicieron. Por fin se aburrieron de él y como su caja estaba llenándose de manchas verdes lo tiraron al basurero. Lirie, que estaba enterada de todo, fue una tarde con Beto a buscarlo, y con mucho sigilo se lo llevaron al ranchito del viejo velador, allí lo limpiaron y aceitaron con esmero, y para alegría de todos la maquinaria volvió a caminar, las ruedecillas chirriaron y la voz ronca de Dong se escuchó nuevamente.

Desde entonces Lirie y Albeth, viven felices con Dong, que les cuenta cada noche fantásticas historias donde los mares son rojos, la tierra azul, los animales hablan, los piratas son buenos y

minicuentos

A la biblioteca "José Martí"

I.-

Es media noche, en la vieja biblioteca se oyen ecos apagados. Son los ratones formando ríos de cuentos y relatos.

II.-

En aquella venerable biblioteca, los estantes sonolientos se sacuden el polvo y las letras que caen van formando los minutos de este cuento.

e l último

Fue un hecho emocionante, triste y doloroso a la vez; convivir con él y después perderlo para siempre con la certeza de que el mundo jamás vería otro igual.

Aún no sé como nunca me atacó, tal vez reconocía en mí a un amigo, uno que no lo buscaba por su hermosa piel.

Lo conocí cuando trabajaba en servicio a comunidades rurales llevando asesorías escolares de un programa llamado Bibliotecas móviles, con el que recorría zonas muy alejadas del territorio tabasqueño, lugares en las que no era fácil llegar, sólo mediante lanchas, cayucos o a caballo, podíamos entrar llevando un don inapreciable para la gente: libros.

En aquél entonces, toda la zona que una vez fueran complejos sistemas lagunares y tierras feraces regadas por los enormes ríos que cruzaban dando vida a ecosistemas de lagunas, pantanos y pastizales se encontraba en agonía; gigantescos complejos habitacionales y fábricas se levantaban, ocasionando que la flora y la fauna de uno de los estados más ricos en ellas se encontrara en la casi total extinción.

Yo era aficionado a la observación de aves y mis incursiones por los apartados rincones de la región me daba la oportunidad de avistar las que poblaban esos sitios.

Recuerdo que iba navegando pausadamente por un afuente pequeño del Puxcatán, cuando Pancho, mi guía, señaló un lugar donde la vegetación todavía era abundante: —creo que por allá vi un jaguar, dijo, me intrigó pues desde hacía veinte o treinta años no se había visto ninguno, y la creencia general era que esa hermosa especie se encontraba extinguida.

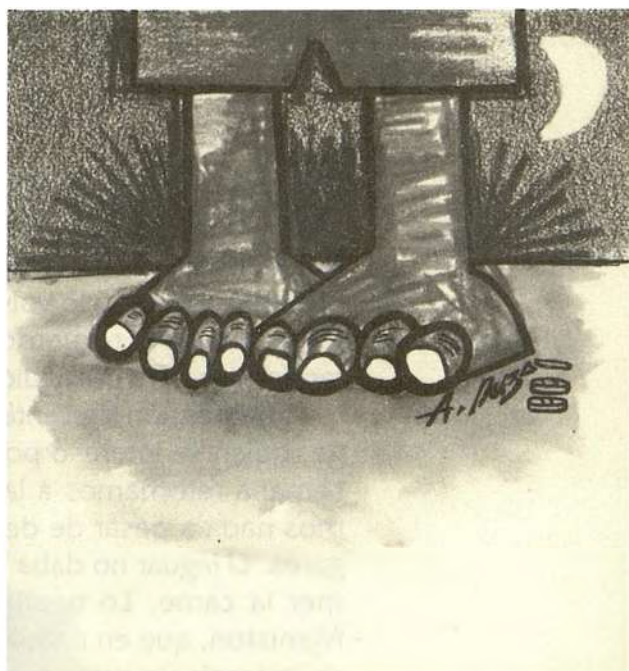
Al momento nos dirigimos hacia aquel punto y desembarcamos. El lugar conserva su altivez, como desafiando al extraño a internarse en él. Buscaba por los alrededores pero no encontramos nada.

De regreso al cayuco encontré en la orilla una huella no muy reciente, por lo que continuamos río arriba. Ese día únicamente observé algunas bandadas pequeñas de loros y zanates. Después de prestar los acostumbrados servicios a las comunidades me apresté a regresar a la capital del estado.

Al retornar a mi casa, pensé en aquella huella, era muy interesante pensar que tal vez existiera el jaguar.

Los días se fueron volando, y cuando al fin regresé a la misma zona me encontraba ansioso por continuar la búsqueda.

Para esta expedición preparé una nevera con carne fresca, y una dotación de tranquilizantes, pues mi intención era capturarlo para llevarlo a una reserva de la vida silvestre que se encontraba en la frontera con Guatemala y Chiapas (una de las pocas zonas semivirgenes aún). Después de recorrer mis lugares de trabajo y de indagar información (nadie supo darme razones de mi objetivo) decidí acampar en el lugar de la huella. Las horas se enredaron con las enormes cantidades de chaquiste que casi me devoran. El sueño me venció. En la madrugada un ruido extraño interrumpió mi descanso. Salí a investigar y en la penumbra rota por el resplandor de la hoguera estaba un pequeño y enflaquecido jaguar, intentaba voltear la nevera de la carne. Al oír mis pasos se detuvo, me miró fijamente y velozmente desapareció entre la vegetación. Pancho observó toda la escena con los ojos abiertos pues para él, los jaguares sólo eran anima-



les de leyendas y cuentos. Colocó la carne bajo un árbol y continué la vigilancia, pero ya nada ocurrió. Nuevamente me dormí. Pasamos en el lugar tres días más, pero no lo volvimos a ver. Durante el regreso a casa el recuerdo de sus grandes ojos mirando fijos, me persiguió.

En la ocasión siguiente hablé con un biólogo amigo, quien se interesó por el hallazgo. Al final de la semana retornamos a la zona a acampar y no vimos nada a pesar de dejar carne en diferentes lugares. El jaguar no daba la cara pero empezó a comer la carne. Lo bautizamos con el nombre de Mimizton, que en nahua significa gatito, pues a mí me parecía un gatito desvalido. En nuestros recorridos encontramos la osamenta de un jaguar maduro, probablemente la madre de Mimizton, y ni rastro de otro ejemplar; era un misterio su supervivencia en el área. En una ocasión lo vimos de lejos, y parecía haber engordado un poco, su pelaje tenía brillo y el andar se había agilizado.

Un día, nos encontramos a punto de levantar el campamento cuando oímos un rugido muy cercano, corrimos rápidamente y allí estaba, ipero en qué estado! de uno de los costados manaba sangre, algún cazador furtivo lo encontró descuidado, y pensando en el dinero que por la hermosa piel ganaría, lo hirió. Mi amigo trató de salvarlo pero fue inútil, ante nuestra impotente mirada en poco tiempo murió. Me vi reflejado en el espejo muerto de sus ojos y lloré.

Cuentos

Gonzálo González Calzada

Los cordones

Ha sido una larga y agobiante pesadilla. Te cuento por qué. Mis papás suelen comprarme zapatos dos veces por año, rara vez con mayor frecuencia a menos que el uso los haya vuelto inaceptables al qué dirán los demás. Ellos siempre han sido muy sensibles a eso y a menudo me repiten como letanía lo de "no es bueno ser pobre, menos lo es dar lástima", y así se condicionan y condicionan a los hijos no solamente con el fin de renovar el calzado de la familia, sino también en la compra de ropas y otros artículos de uso personal.

Todos solemos estrenar dos o tres veces al año y ello no me disgusta. En especial tratándose de celebraciones importantes como son cumpleaños,

aniversarios señalados por ejemplo la boda de mis jefes, navidad y fin de año y unos cuantos más.

No me quejo por estrenar zapatos, camisas, pantalones, calcetines, pañuelos y demás prendas. No me quejo de eso; en lo que no estoy de acuerdo es consultar la guía de manera permanente, o sea, la forma "correcta" de usar esas prendas, siempre aceptando lo indicado por los mayores con tal de cumplir con las reglas sociales del "estar bien arregladito", tener el cuello de la camisa limpio y derecho, los pantalones sin arruga o lodo, los zapatos boleados, brillantes como espejo y los cordones ¡maldita sea! anudados simétricamente, a semejanza del resto de los niños integrantes de un gran ejército, la "Legión de los niños con los cordones de los zapatos mejor anudados del mundo", innecesaria imposición si se analiza la cuestión con cierta calma y objetividad.

Nunca es agradable parecerse a los otros y yo jamás he querido parecerme a alguien, ni siquiera a mis héroes predilectos: Batman, Superman, el Hombre Lobo, Frankenstein, por mencionar unos cuantos. El parecido me lo quieren imponer mis padres, sobre todo mamá: "Amárrate los cordones de los zapatos", "No vas a entender nunca lo conveniente de amarrarse los cordones de los zapatos", "Es de buenas maneras amarrarse los cordones de los zapatos, ¿podrás hacerlo alguna vez por cuenta propia?" y reclamos similares.

Meditando un poco sobre el asunto, parece no ser una orden tan sin sentido, pero algo en mí se resiste a cumplirla, y es que me gusta andar según mi propio gusto y cargo los cordones sueltos no para fastidiar a nadie y mucho menos por flojera o como asegura mi abuela, por dejado.

No exijo muchos gustitos por un lado y por otro en la escuela, soy de mi grupo el mejor o quedo entre los mejores. Casi siempre obtengo diez de calificación y me esmero en lograrlo. Lo consigo no de gratis, pues la competencia es cerrada, muy fuerte y si se quiere estar adelante del resto de los compañeros, le tengo que echar al estudio todas las ganas del mundo, por eso digo, no es gratuita mi ventaja en la clase.

Debo decirte también que el estudio siempre me ha interesado o gustado mejor dicho, no sé por qué. Parece ser algo natural en mí. Lo traigo de herencia asegura mi papá. Así como a otros chavos les gusta el baile, les da por el deporte o la vagancia con dedicación casi exclusiva, yo disfruto muchísimo leyendo, estudiando y en esta afición algo de culpa tiene mi papá ciertamente, pues él es una persona aficionada a la lectura, a los libros que adquiere a partir de anuncios de librerías y editoriales en revistas y diarios de circulación nacional. Es mas bien un fanático de la lectura y lo afirmo con la debida responsabilidad, a pesar de que no tuvo mucho estudio y apenas logró terminar la primaria. Hay noches que las pasa

en vela con tal de terminar de leer una novela y por eso creo que de herencia me viene lo aplicado, el interés por el estudio.

Lo anterior me parece una ventaja nada despreciable, pues con cierta frecuencia suelo escuchar de alguno de mis compañeros de salón, el sufrimiento que declaran sus papás ante la negación de sus hijos a tomar un libro y cuando lo hacen, abrirlo y leerlo.

Mis padres no cargan con esa cruz y se sienten orgullosos de mi rendimiento escolar y también con el de mis hermanos, no tan lumbreras como yo, modestia aparte, pero sí sacando adelante sus tareas.

En los quehaceres de la escuela ya sabes, no hay pedo, sin embargo, tratándose de vestimenta, siempre he sido medio desaliñado como dicen que fue Einstein. Hasta eso, no en todo. Acepto arre-



glarme la camisa, el pantalón sin arrugas y limpio; lo que suelo olvidar es amarrarme los cordones de los zapatos. Y este detalle trae a veces consecuencias indeseables como cuando aplasto con los mismos zapatos el extremo de alguno de ellos y ocurre el trastabille con peligro de caer y el consecuente trancazo.

Estando presente mi mamá no pierde oportunidad de soltarme sus consabidas advertencias: "Te advierto, tarde o temprano vas a dar al suelo y ya lo pudiste comprobar en varias ocasiones" "Amárrate de inmediato esos cordones y hazlo bien chamaco inútil" y cosas parecidas.

No puedo entender del todo por qué un gusto que quieres darte, puede ser motivo de regaños y agresiones por parte de las personas más queridas y por otro lado, a quienes debes obediencia. ¿Por qué importa tanto a los mayores tener o dejar de tener los cordones de los zapatos amarrados? No ha existido algo tan injusto en toda la historia de la humanidad y me ocurre precisamente a mí. No amarrarme los cordones de los zapatos ya se me hizo costumbre, capricho, enfermedad agudizada por la insistencia y el ordenamiento de cada instante.

Se me olvida amarrar los cordones tal vez porque al sentir flojos los zapatos estoy más cómodo, con los pies sueltos, sin tenerlos encerrados, apesados y soy más libre, ágil y esto sería una forma de explicar la manía. Perdón, no es neces-

riamente una manía sino una disposición de ánimo, una manera de vivir mejor la vida y el mundo. Tú me entiendes.

Si fuera posible, nunca me amarraría los cordones de los zapatos, es más, se los quitaría y los utilizaría en otras tareas, en otros usos distintos a los originales. ¿Te has puesto a pensar para qué otra cosa podrían servir unos cordones de zapatos? En general son bien resistentes y los míos, de más de medio metro de largo, otra razón por lo que me da güeva amarrarlos.

En general, no tienen muchas oportunidades de empleo fuera de su original uso. Quizás para asegurar mejor los patines a los zapatos, aunque se me antojan débiles para tal fin. También pueden servir para amarrar los libros que se llevan a la escuela y dispensar la mochila. Tal vez uniendo varios cordones sirvan para colgar algo del techo de la casa. En montón sirven para hacer basura, es decir sirven para otras cosas menos para ser problema, mi problema, mi propio fastidio y lo son. Sin ellos yo sería feliz y mis padres no se verían en la necesidad de estar ordenándome amarrarlos en terca letanía.

Los cordones de los zapatos me han complicado la vida y por más que le busco no encuentro la solución al problema y no vislumbro cuando va a terminar mi pesadilla

Una vez le sugerí a mis padres en buena onda, que me compraran zapatos sin cordones, o sea,

mocasines y de esa manera no habría necesidad de amarrarlos. La sugerencia, a pesar de lo práctica de la solución, ni en su favor ni en la mía, no les gustó en lo absoluto y si no me acusaron de guerrillero o de perverso, fue porque hubiera sido una exageración ilógica: "Tú lo que quieres es andar chancleteando los zapatos como cualquier vieja" "¿No sabes que es de pésima educación estar sacándose los zapatos en todas partes?" "Lo único que deseas es ver a tu pobre madre con más trabajo lavando zapatos a cada rato" "Se llenan de tierra más fácilmente y se apestan pronto", y así de insistentes y consistentes fueron los argumentos presentados.

Tras incesante búsqueda, por fin un buen día me quedé en zapatos sin cordones y no se hizo esperar la exigencia de una puntual explicación del asombroso hecho. Dije sin titubeos haber encontrado muerto al gato en el jardín, y como no podía quedarse el cadáver allí pues al rato apestaría, lo metí en una bolsa que amarré con los cordones de mis zapatos y la tiré.

Ese día fue un clásico via crucis para tu servidor, en especial, por causa de la metiche de la abuela quien gritó como loca ante la noticia: "¡Mentira, tú lo mataste -y me señaló con índice de muerte-, tú chamaco malvado mataste al animalito -ella adoraba al gato, más que a sus nietos- con el pretexto de tirar los cordones!"

Pensé: "Una idea maravillosa hubiera sido ahorcar a la abuela con los cordones".

I a abuela

Mi abuela toda la vida ha sido una metiche. He pensado incluso en matarla. Bueno, es un decir, sin embargo, me causa rabia que siempre le lleve a uno la contraria.

Ella apoya a mi mamá en todo lo que dice o hace. Es lógico por ser su madre y depender de la familia. Aquí debo aclararte que sería injusto no reconocer el trabajo de la abuela en la casa: hace a veces la comida; no tiene una gran variedad de platillos pero todo le sale bien sabroso. Sabe darle el punto a los guisos y sus dulces son todavía más increíbles, de coco, de leche, de guanábana, merengues, todos una verdadera delicia al grado de desaparecer de la mesa o del refrigerador como por arte de magia. O sea, mi abuela no aporta di-

nero, pero la anciana trabaja. Por allí no hay discusión.

Lo trabajadora no le quita lo fastidiosa y lo cabrona, en especial conmigo, cosa que me ha motivado a desear su desaparición, aunque pobrecita, quizás en el fondo ocurra lo que ella afirma, de hacer todo lo que hace en bien de nosotros. Mi papá no está de acuerdo con ella, ya ves la forma de referirse a las suegras de los yernos, y asegura que mi abuela, su suegra, solamente durmiendo es confiable. Creo que mi papá es malo con ella, igual yo.

Si te dije haber deseado la muerte de la abuela, es cierto. Una vez, después de un juicio sumario, la condené a muerte sin estar convencido de la sentencia dictada, pues el delito de fastidiarme la vida no ameritaba tanto castigo. Después lo pensé así.

Otra duda se hizo presente de inmediato y fue la manera de hacer cumplir la pena impuesta. En realidad no tenía ni idea de cómo y si soy franco, tampoco mucha disposición para acatar la ordenada. Fueron varios días de darle vuelta al asunto sin ello causarme mayor intranquilidad o preocupación, pues una de mis atributos sobresalientes además de leer como loco, es dormir como piedra sin interrupciones o sobresaltos durante el sueño a pesar de las maldades previas.

No habiendo prisa por ejecutar a mi abuela, pasaron varios días antes de dar cumplimiento al veredicto, además los condenados tienen derecho a

repeler, a replicar, a apelar, no sé bien, hasta el último momento y en ocasiones salvar la vida. En varias películas de vaqueros así ha sucedido. El condenado con la soga al cuello, montado sobre su caballo viéndole la cola y en espera del disparo que haría arrancar en tropel al animal y dejar colgado del árbol a su dueño, llega un amigo y dispara antes cortando la soga y liberando al sentenciado, ante la sorpresa del auditorio de vecinos, quienes en vez de apreciar el espectáculo del reo colgado de la rama y con tamaña lengua de corbata, inmóviles y asombrados, escuchan el tropel de los que escapan.

Sinceramente no encontraba la manera de matar a la abuela por más intentos heroicos de mi imaginación. Tenía noticias de la silla eléctrica, con muy pocas posibilidades de conseguir una. Asfixiarla con una almohada estando dormida, sería algo ho-



rroroso y la imaginaba pataleando y gritando en intentos desesperados por salvarse. No soy capaz de tanta crueldad y yo podría morirme también de miedo, de angustia o de no sé.

Consulté mi decisión en la escuela, claro, veladamente, y los amigos resultaron más ingenuos o más torpes, dándome ideas en realidad descabelladas, sin ninguna posibilidad de llevarlas a la práctica como la de tomar un cuchillo cebollero y clavárselo en la mera yugular mientras la abuela duerme la siesta. Te imaginas el cochinerero que se haría con el salpicar de la sangre a todos lados en una verdadera carnicería, para dar asco a cualquiera y luego, lo mero perro, el cuento por toda la colonia del satánico crimen y la crueldad con que fue realizado, y otras sugerencias de estilo parecido. Por eso, ninguna de las brillantes ideas de los cuates me parecieron adecuadas. Mis amigos suelen dar ejemplos de taradez, pero en esa ocasión, abusaron.

En un instante de reflexión, pude sentir o pre-sentir que el Instante del duelo por la muerte de la abuela, ya lo había vivido en ocasión anterior, como si se tratara de una repetición en calca. El dolor del duelo, las lamentaciones, los lloriqueos, las lagrimas y demás, típicos de esas ceremonias, ya antes, muchos años atrás las había sentido. Una sensación de la fotografía o la película que nos hace presente el recuerdo, nos transporta a otra época en

apariciencia olvidada, y nos topamos con la vivencia pasada en una confusión increíble sin saber si estamos en el presente o seguimos en el pasado.

Suele sucederme sentir estar viviendo repeticiones de hechos anteriores, sin temor o mayor preocupación, por tratarse de asuntos sin importancia, pero en esta ocasión el duelo es intenso, más real, pues allí está el cadáver de la abuela quien en tantas ocasiones nos dejó pasmados con su arte culinario y sus postres de chuparse los dedos, y está el resto de la familia, los amigos cercanos, vestidos de luto o medio luto, cuchichéando, riéndose con discreción y nunca con irreverencia. Desde luego, la mayoría de las personas presentes en piadosa actitud, exigencia del sitio y el momento.

Toda la noche duró la velada entre el consumo de cigarrillos, café y galletas, también refrescos, siendo el sepelio por la mañana después de una misa de cuerpo presente, por cierto, algo dilatada debido al extenuante rollo del sacerdote, quien parecía sufrir la imperiosa necesidad de hablar y hablar, y considerar como oportunidad inmejorable, la plática necrofílica de esa mañana.

Te debo confesar que nunca había tenido tanta dificultad para realizar algo. Sinceramente no se me ocurría nada para cumplir con lo decidido en relación con la abuela. Todos los intentos los desechaba y pronto, quizás como premonición de una pérdida tan importante. Sí quería que mi abuela se

muriera y de esa manera cumplir la sentencia que le impuse, pero mi intención era hacerlo sin mucha faramalla ni escándalos, sin gritos ni sangre, es decir, hacerlo de una forma íntima, suave, cómoda, sin sufrimiento para ella.

Después de algunos días de seguir viviendo con la abuela sentenciada y casi muerta, y en cumplimiento de la orden dada por el tribunal personal, decidí quemarla. Dibujé su figura en una hoja de cuaderno, la desprendí, la arrugué y la tiré a la lumbrera de la estufa en donde mi abuela calentaba el café, sin imaginar ella que estaba siendo consumida por las llamas. Lloré no por su muerte sino por el manazo que me dio.

doña Licha

Todavía no me repongo de la impresión sufrida hace unos días. Te cuento por qué.

Después de hacer mi tarea escolar, por cierto, un verdadero moco, me puse a leer sentado cerca de la ventana de mi cuarto. Quiero recordarte que mi cuarto se encuentra en el segundo piso de la casa y da al patio de mi vecina, doña Licha.

Pues verás, esa tarde ensimismado en la lectura de un librito de cuentos bien chido, sin sentir el paso de los minutos, tú sabes cuanto me gusta leer y al final de la tarde, escuché procedente del patio de la vecina, su voz canturreando una canción de moda que me obligó a abandonar el libro. Para esto el calor de mediodía había aminorado con la bajada del sol y la suave brisa que soplabá.



Miré al patio de al lado y parado frente a la ventana me quedé quieto, muy quietecito al ver salir de su casa a doña Licha en paños menores como si fuera a meterse al baño.

Muy alegre y cantando, moviendo las caderas al ritmo de su canto y agitando los brazos al aire como para matar moscos en una actitud alegre y sin recato, la mujer se dedicó a descolgar la ropa tendida, ya seca a esas horas del día.

Ella en su tarea y yo observándola desde la ventana con sorpresa y ansiedad. Hice el intento de ocultarme para no ser visto, pero me sentí paralizado por la curiosidad y el deseo. Atrapado por el asombroso espectáculo, seguí observando a la señora quien

con gracia infinita realizaba su tarea en continuo movimiento de caderas al son de su propia música.

Después de terminar de recoger toda la ropa, en un momento impredecible, levantó la cara y dirigió su mirada hacia mi ventana, hacia mí precisamente, induciéndome una muerte instantánea, con una angustia bestial. Sentí total indefensión ante el enorme peso y poder de ese par de ojos verdes, brillantes, de fuego puro que me envolvieron e intensificaron mi inmovilidad e impotencia. Me sentí un verdadero rufián atrapado por inexperto, por tonto.

El momento me pareció interminable y de eterno sufrimiento. Los sentimientos de culpa y vergüenza surgieron en florida sucesión y pintaron mi cuero de un amarillo grisáceo. Los colores me subían y bajaban de la cabeza a los pies, comencé a sudar como nunca, a chorros, y un frío intenso invadió mi interior con brusquedad. No me faltaron ganas de orinar, pero afortunadamente me aguanté a lo macho y no mojé el pantalón.

Doña Licha, con la mayor naturalidad del mundo, sin fijarse en la catástrofe provocada, me ofreció una sonrisa coqueta, compasiva, perversa, no sé, y desapareció en la casa.

Inmóvil, permanecí algunos minutos más hecho una verdadera estatua, de una pieza, con la ventana de marco en una instantánea de fotografía,

asombrado ante la visión del Más Allá celestial sin intentos de abandono. En pocas palabras, hecho un pendejo.

No podía pensar pues mi mente estaba perdida en el sofoco de la visión divina. Se repitió mil veces la escena en la que doña Licha, antes de desaparecer canturreando con el bulto de ropa encima, se dio la oportunidad de voltear a mi ventana, regalarme una dulce sonrisa y enviar un beso frunciendo la boca en un acto de inusitado ofrecimiento para un cadáver, una momia, un paralítico pálido y sudoroso, convertido en vértigo permanente.

Esa visión que sigo considerando maravillosa y mi actitud de regodeo y asombro, duraron segundos, minutos, sin embargo en mi contabilidad todo resultó repito, eterno. Doña Licha en verdad es una mujer muy hermosa, bonita, bien formada, con unos ojazos verdes asesinos, alegre y en paños menores, no existen palabras para describirla, es bellísima, fresca, ligera, una diosa.

Recupero el ánimo y de vuelta al mundo, a pesar de haber logrado el control de la orina, me sentí mojado, muy mojado y pensé en el regaño de mamá.

e l arma secreta

La descubrí en un momento de infinita angustia. Siempre pensé que los cuadernos, los lápices, la mochila y todo lo que nos endilgan en la casa para acudir bien equipados a la escuela, son materiales de uso común con tal de cumplir con el trabajo escolar y además hacerlo bien.

Y es cierto, por ejemplo, sin cuadernos no podemos tomar notas ni guardar en apuntes muchos de los conocimientos expresados en clase y de esa manera poder repasarlos una y otra vez y aprender mejor. Son utensilios necesarios para todos. El cuaderno de dibujo es buenísimo; nos sirve para hacer monos y caricaturas de los cuates con tal de fastidiarlos. No solamente eso, pues en tiempos de carencia incluso, con sus hojas hacemos conitos para tomar agua o refresco.

Lo mismo sucede con los libros. En ellos están impresos palabras y saberes muy convenientes, así como el desarrollo de programas, base de un aprendizaje amplio, sólido y de calidad como suele pregonar el maestro en un loco afán de darse figura frente al grupo. Se comprueba que los libros nuevos son bonitos, atractivos, olorosos y de fácil lectura, o sea, se pueden leer sin fatiga hasta quizás, el abuso. Además a mí los libros me gustan, como también a otros les disgustan y cada quien con su rollo. No hay pleito.

Dejando los libros, los lápices son muy importantes, pues además de útiles en el trabajo escolar, nos dan la oportunidad de fijar nuestras opiniones, las ideas, los pensamientos, nuestras fantasías y recuerdos y poderlos recuperar en la relectura al paso de los días y salir bien librados en los exámenes.

Aunque el lápiz apoya en el quehacer escolar, también resulta ser una poderosa arma. ¿Te has puesto a pensar en todo lo malo o lo bueno que puedes hacer con un lápiz? Por decir algo, puedes escribirle una carta de amor a una chavita, declararle tus sentimientos, que no duermes por ella, que te gustaría invitarla al cine o al parque y no sé, más asuntos para incluir en la carta.

Puedes escribir cosas bellas como un poema a la madre, al maestro, a la naturaleza, a la patria, a muchas ondas que te llegan con intensidad, una felicitación a un amigo, tu mejor amigo, por ser su

cumpleaños o el de otra persona estimada, tu novia digamos, otras personas, o bien realizar una composición con el tema de la amistad, describir una aventura interesante de las muchas vividas o de las imaginadas, como ser campeón de carreras de moto o de natación, ayudante de Batman y tantas oportunidades que nos ofrece el uso del lápiz.

De igual forma las opciones para su uso con fines contrarios, perversos, malos, muy dañinos, son también infinitas. Es frecuente escribir malas palabras y leperadas, infundios y calumnias y enviárselas a los compañeros con tal de fastidiarlos y llenarlos de dudas y sufrimiento. Escribir: "En la noche cuando todo se encuentre oscuro, se te va a aparecer el diablo", y cuestiones peores, peorsísimas. Decirle a un cuate lo enamorado que está de él, Laurita, la niña más estirada del salón y forzarlo a declarar su amor con la ganancia de un par de cachetadas o por lo menos, un gritote de ¡infeliz! o ¡puerco atrevido! o algo más fuerte.

Con un lápiz descubro que soy poderoso, pues si decido ser algo lo puedo lograr. Si quiero convertirme en alguien me basta con escribirlo para hacerlo realidad: "Soy un astronauta" y ni quien lo impida. Si deseo acabar con el mundo, lo escribo y acabo con el mundo. Si tú quieres tener mucho dinero, sin pensarlo escríbelo y tendrás toda la lana del universo, con tantos ceros como lo ambiciones. Bueno, no demasiado.

Y no estoy soñando ni navegando en la fantasía de mi acelerar, aunque lo verdaderamente peligroso del lápiz lo descubrí una mañana, después de haber llegado temprano a la escuela, faltando media hora para ingresar al salón de clases. Éramos unos cuantos los presentes y empezamos a guasear, a decirnos cosas, hasta llegar a los empujones, los manotazos, las patadas y los mochilazos, todos contra todos. En la batalla campal establecida, alcancé a darle tremendo golpe con mi mochila al "Huevoepava", un chelo pecoso muy creído, bien presumido, que lo tiró contra el suelo y lo dejó medio atontado. Cuando recuperó la razón, se puso rojo de coraje y comenzó a llorar medio forzado, sin poder evitar la catarata de mocos.

Todos nos quedamos quietos al instante en espera de una reacción más violenta de parte del agredido. Y ésta no se hizo esperar. Se incorporó el chavo, metió mano a su mochila con gran decisión, tomó algo de ella y gritó: "¡Prueba mi arma secreta desgraciado!", hundiéndome el "arma secreta" en la panza sin piedad alguna.

Sentí horror y me quedé paralizado, aunque de manera instintiva pude hacerme hacia atrás arqueando el cuerpo y endureciendo la barriga. Caí de rodillas con las manos apretadas a la panza y comencé a gritar: "¡Me muerol!" "¡Coño, me muerol!" "¡Hagan algo carajo!"

Los compañeros ante mi desesperación, reaccionaron de inmediato y acudieron en mi auxilio.

Me quitaron la camisa a pedazos, no había de otra, y se fueron sobre la búsqueda de los daños ocasionados por el ale-
voso ataque.

Por mi parte me sentía morir y de un momento a otro, esperaba vaciarme en una hemorragia interminable y contemplar la salida de mis tripas por entre los dedos. Entre aullidos propios y jalones, fui examinado por los amigos y uno de ellos ordenó: "¡Ya párale buey, no tienes nada. Es solo un puntito negro en el cuero!", "Entonces fue con el lápiz...", "Claro, con el lápiz..." dijeron los demás y todos se echaron a reír incluido yo con tal de superar el ridículo previo.

El día del "arma secreta" comprendí que el lápiz puede dañar más en el alma que en el cuerpo.



Mañana
en la
batalla
no
estaré

Teodosio García Ruíz

mañana en la batalla no estaré

Es tonto decir que todas las mañanas sale el sol porque en muchas ocasiones no sale. Es posible un eclipse, un toldo sobre la ventana, pero lo cierto es que a veces no sale el sol, es tonto decirlo y necesario también. Porque el sol siempre está ahí. La tierra siempre está acá. La casa ahí. La pelota allá. Las tobilleras deportivas en el cesto de la ropa sucia. Las seis y media de la mañana que no son las seis y media de la mañana pero que de algún modo tienen que ser las seis de la mañana, por el asunto ese del cambio de horario con el fin de que ahorremos energía. Y yo ahorro energía porque no me gasto todo el sueño de la noche y dejo un poquito para la hora del recreo cuando la maestra me castiga, cuando uno se distrae como siempre, y es

tonto decirlo, en el vuelo de dos moscas unidas, la directora que pasa por el salón de clase quitándose el moco de las narices, comiéndose las uñas o abriendo sus ojotes verdes para detectar y decomisar calcomanías de Bart Simpson, Aventuras en pañales, o pokemones tierra, pokemones fuego, pokemones agua y pokemones viento.

Y como el día está nublado no impide la entrada de los noticieros a mis oídos, los días lluviosos o los días de calor, el Presidente de la República que regaña a los diputados y los diputados de la oposición que le hacen bu, bu, bu. La selección mexicana de fútbol que juega como nunca y pierde como siempre; el alza de la gasolina, la nueva película infantil, otra pastilla para bajar de peso... Ramiro Callejas (por callejero) entra a la recámara toma agua de la taza del baño regresa presuroso y de un salto sube a la cama para despertarme según él, pero aprovecha que lo abrazo y se acomoda tres o cuatro minutos junto a mí, como si estuviera muerto, pero sólo está disfrutando la tibieza de las sábanas. Pisadas, tropezones con sillas, cepillos de dientes que no están en su lugar, ruido de la licuadora y chirriar de aceite en una sartén inundan mi recámara, cuando mamá entra medio enfadada y medio cariñosa y me dice: ¡ya párate flojo son las siete de la mañana; mira nomás este pinche perro dónde está, los dos son igualitos de cochinos!

Cuando esto ocurre me paro como impulsado por siete resortes; de inmediato ingreso a ese duro entrenamiento militar en el que tengo que limpiar mis zapatos. Bañarme, vestirme, soportar el peine rasgándome el cráneo y para colmo desayunar sin apetito o tomar esa bebida de cacao espesa que me provoca náuseas. Pero Ramiro Callejas se devora de un tarascazo el tocino frito, los huevos o el cereal reseco; mis padres y mi hermana no dan crédito a veces de mi apetito gigante, y guardan en mi mochila una torta de pollo, de jamón o de queso.

Me gusta ir a la escuela porque con mis amigos de quinto año platico, platico y platico. Ayer corrimos un tramo sobre la carretera asfaltada para observar un perro que tenía las tripas de fuera ya que un camión repartidor de Coca cola lo atropelló. El perro gemía como con tristeza y dolor; movía la cola y sus ojos casi humanos nos miraban a cada uno de nosotros. Yo estaba conmovido porque a veces Ramiro Callejas se escapa de la casa para ir a buscarme hasta la curva de la carretera donde ya se ve la escuela, pero siempre procuro que no sea así porque El Animal le pega de patadas o la emprende a pedradas contra él. Perro marica le dice, te pareces igualito a tu dueño. Yo no soy marica ni el dueño de Ramiro. El dueño de Ramiro es mi hermana Hortensia y le puso Ramiro por un novio español que conoció por carta a través del plan de escuelas asociadas a no sé qué.

El Animal es el azote de todos los bueyes; así lo anda diciendo en las afueras de la escuela, cuando en las mañanas nos quita las cachuchas, las tortas, las pelotas de hule o simplemente nos da una patada en las nalgas. ¡Ustedes me agrian el hígado!, dice, mientras se aleja rumbo a las bancas de cemento de la unidad deportiva.

Siempre está ahí con los otros niños de la calle o algunos vagos que aparecen cuando son liberados del Centro Tutelar o desaparecen cuando ingresan en él.

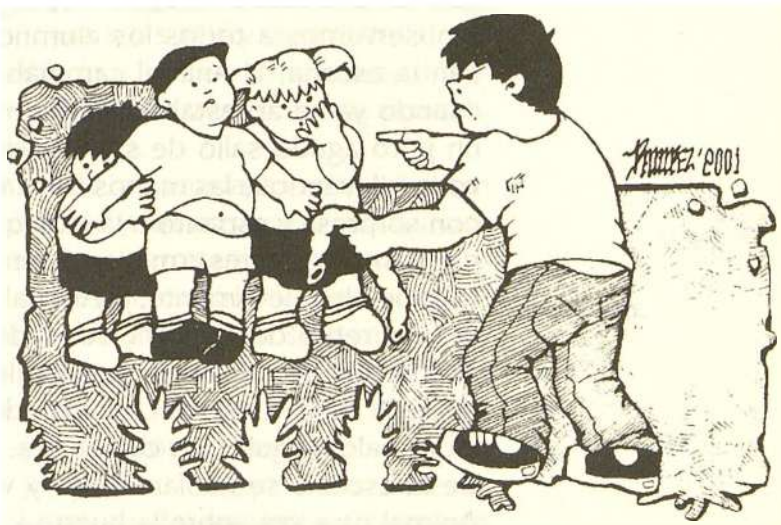
El Animal, según dicen es hijo de un padre alcohólico y de una señora chiapaneca que vende tamales de chicharrón y frijol en el mercado público. Llegaron aquí cuando la erupción del volcán Chichonal y se quedaron a vivir por el norte del pueblo. Un mal aire atacó a su padre provocándole dolores de cabeza y dolor de oídos que sólo se quitan bebiendo alcohol. La madre mantiene a ambos y según cuenta el prefecto de la escuela, El Animal nunca ha tenido amigos, odia a los perros y se divierte golpeando a niños menores que él. Yo le tengo miedo, pero a veces me dan ganas de agarrarlo a golpes, pellizcarlo o patearle los pies. Pero no sólo yo, también tres o cuatro amigos del salón piensan y sienten lo mismo. Sobre todo hoy en la mañana que mirábamos al perro muerto o moribundo, cuando El Animal sacó las tripas del perro y nos las tiró encima. Los uniformes se ensuciaron. El terror nos impulsó a correr. ¡No corran maricas!,

nos decía, pero llegamos a la escuela más pronto que todos, con los uniformes manchados de sangre y tierra.

Por alguna razón el miedo nos da valor y también ocurre a veces que el valor nos da miedo. Y es que El Animal entró a la escuela, furioso, ya que a mí siempre me quita las tortas o el dinero que utilizo a la hora

del recreo. El prefecto tenía abiertas las puertas y andaba desayunando como siempre lo hace en una tienda cercana. Entró El Animal, pisoteó huertas y jardines, tomó por los cabellos a una niña

aventándola al suelo. Nos descubrió cerca de los baños y se dirigió a nosotros. El muchacho debía tener trece o catorce años y apestaba. Un niño mugroso no es un niño mugroso hasta que se le ve o huele. Cuando lo mirábamos de lejos o nos enterábamos de sus correrías, era como leer una leyenda o un mito de asaltantes, bandoleros o facinerosos.



Incluso yo burlaba a mi hermana Hortensia diciéndole que su novio no era el animal Ramiro sino El Animal mugroso.

Ahí estaba frente a nosotros ya, con los ojos encendidos de rabia, los dientes podridos, la playera percutida, el pantalón de mezclilla roto y andrajoso, los pies descalzos y los puños listos para golpear. Los cuatro niños nos replegamos a un muro y observamos a todos los alumnos que observaban la escena, El Animal caminaba con lentitud y cuando ya se aprestaba a tomarme por el cuello, un grito agudo salió de su garganta. El Animal se volteó llevándose las manos a la cabeza y pudo ver con sorpresa y espanto a la niña que había agredido momentos antes armada con un palo y dispuesta a golpearlo nuevamente. El Animal dudó un instante y se retiró del lugar horrorizado al sentir sobre su cuerpo una lluvia de proyectiles recogidos de entre la basura, los escombros de una construcción, palos y guijarros cualquiera. Todos los niños de la escuela se habían unido y vieron partir a El Animal otra vez sobre la huerta y el jardín tirando no a una, sino a varias niñas y por último, tropezar con la directora que traía entre las manos una taza de café.

Por eso digo que todas las cosas están en su lugar y siempre se hace lo mismo. La batalla contra El Animal nos trajo regaños, castigos; iigualados, no deben meterse con los niños de la calle! Nos dictaron citatorios, reparación de daños en las huer-

tas (zanahorias, tomates y cilantro despanzurrados), tulipanes, gardenias y margaritas pisoteadas como después de una batalla con reses, abigeos y comisarios rurales. A la hora del recreo compartimos la hazaña, la gloriosa hazaña de estar unidos y defendernos de quien sea; de los niños de la calle, de los maestros, de los perros callejeros o de la policía. Sentí temor de que nos golpeará a uno por uno; que entrara a mi casa a las seis y media de la mañana en un día nublado o lluvioso y me hiciera daño. Pero era más la euforia del triunfo que la posibilidad de la agresión futura.

Cuando salimos de la escuela las cosas seguían en su lugar, los árboles y los pastizales, las máquinas que trabajaban en la carretera, la antena de telefonía rural, los cables de electricidad, el follaje de los altos árboles y más allá, como siempre lo habían estado, las nubes y un cielo azul. Caminábamos repletos de felicidad, incluso parece que cantábamos no sé qué canción pateando botes de refresco, ramas y papeles arrugados que a veces llegaban a tirar la gente del gobierno. La correa nueva de Ramiro Callejas con la que había jugado en la mañana, estaba en la carretera, tenía sangre y pelos. La patié para voltear la placa y en efecto era de él. La voz de El Animal me enchinó el cuerpo, me llenó de miedo y coraje. Es del perro marica, ¿verdad marica? La voz de El Animal retumbó en mis oídos y no pude seguir la carrera de mis compañeros quienes corrían como alma que lleva el

diablo. Una cachetada de El Animal me hizo recuperar el sentido y de un tirón me solté de sus manos que ya me tenían tomado por los cabellos. Empecé a correr desesperado pensando que las cosas siempre están en su lugar y deberían estar en su lugar si es que alguna vez estuvieron en su lugar. Ramiro Callejas en la casa. Mamá y papá en la oficina. La ventana en el recuadro de mi recámara. No corras marica, decía El Animal a mis espaldas. Claro que no corría, volaba. A mis flancos pasaban veloces los árboles de la carretera, crucé a mis compañeros que corrían también. A lo lejos mis ojos vidriosos divisaban un bulto o no lo divisaban. Era Ramiro o no era Ramiro. Era un perro muerto o un perro vivo. Yo corría y corría. Escuchaba distantes los insultos de El Animal, pero aunque no soy marica sí le tengo aprecio a Ramiro. Corría. Estaba llegando a la curva de la carretera y no sabía si aquel bulto tirado era el cadáver de mi perro. No, esto no va a seguir así. Las piedras estaban en su lugar y de repente noté que mis compañeros que me habían rebasado en la carrera estaban, a punto de alcanzarme. Me encontraba entre el perro y El Animal y no sabía si el perro o El Animal eran ciertos. Me detuve de pronto, violento. Giré sobre mis talones y vi a El Animal que detenía su marcha poco a poco y caminaba pronto y seguro hacia mí. Traía una sonrisa dibujada en el rostro y mi corazón latía con un esfuerzo extraño. Mis compañeros decían corre, corre, y como las cosas siempre estaban en su lugar me agaché para recoger una piedra.

f idias

Fidias entra con un poco de temor al quinto grado, saluda a la maestra quitándose el sombrero, deja en una esquina un costal medio lleno de naranjas. Tiene un paliacate rojo en la mano, viste una playera con el rostro de Bart Simpson en la espalda; pantalón de mezclilla relavado y sandalias rotas, cosidas con agujetas de zapato, son el complemento de su vestimenta hoy viernes. Ha llegado a la escuela porque la maestra Esmeralda Rivas lo invita una vez al mes para que le cuente al grupo historias de la comunidad y cuentos fabulosos que ocurren cuando hay luna llena y algunos pobladores de este lugar toman sus escopetas y machetes para ir a cuidar las plantaciones y hortalizas así como las reses y becerros; o lo que acontece a los pesca-

dores que se van a campamentear a lagunas lejanas o tierras inundadas.

Cuando Fidias entra al aula, los ruidos y murmullos se apagan; la mayoría de los alumnos lo conocen, saben que le dicen de apodo "El perro" porque a menudo repite que él es el hombre más fiel. Algunos son familiares, ahijados o vecinos. Y lo respetan porque cuando empieza a platicar de algún suceso tonto o demasiado conocido, el calor o la frescura de la mañana, el hambre y el sueño desaparecen como por arte de magia y todo mundo se queda quieto, atento, porque están escuchando una historia tan conocida que parece nueva. Los niños han escuchado el cuento de Las cucharas de palo, El bagre ceremonioso, La mojarrita llorona o El feroz perro tierno; y cada niño reinventa la historia y empiezan a preguntarle a Fidias: ¿y por qué?, ¿y por qué?, ¿y por qué?... Cuando esto ocurre, Fidias camina hacia el costal de naranjas y empieza a repartirlas a su auditorio. Responde a cada pregunta, mientras cada quien pela con los dedos su naranja dulce. Para que no se desordene el grupo, la maestra Esmeralda y Fidias elaboran cucuruchos de papel, donde depositan los gajos, cáscaras y semillas de las frutas.

Hoy por ejemplo, Fidias está nervioso; ha llegado un poco retrasado al salón de clases y dice que tiene una sorpresa. Seca el sudor de la frente con el paliacate y observa a la maestra que se va a sen-

tar en una esquina del salón. Fidias dice que ya no le gustaría que le llamen El perro, sino pez frito, limón dulce o lengua de perico. Y es que anoche inventó la historia de un pez adolescente, quien se enamoró de una mojarra frita retratada en un cartel de plástico que alguien tiró al río para deshacerse de la basura.

La historia es breve y sencilla. El pez adolescente después de almorzar e irse de paseo a las profundidades del río para platicar con sus amigos, quiso regresar a su casa nadando de muertito, pero equivocó el camino y en vez de nadar en línea recta, lo hizo dando giros y giros hasta chocarse contra un neumático rodeado de basura, carteles y envolturas de plástico. El pez adolescente quedó aturdido y con los ojos medio nublados reparó en un cartel donde estaba retratada una mojarra frita, hermosa, rodeada de una escenografía compuesta por rodajas de limón, jitomate, hojas de lechuga y fragmentos de aguacate. ¡Qué muchacha tan linda!, dijo para sí el pez adolescente y de inmediato quedó enamorado. Al día siguiente almorzó, hizo la tarea de la escuela y se fue de nuevo con sus amigos a las profundidades del río. Los amigos mayores le explicaron que ese tipo de mojarras eran presumidas y trabajaban en lugares lejanos llamados restaurantes. Para llegar a esos sitios se debía morder la carnada o dejarse llevar por las redes y trampas de pescadores, peligros permanentes para un

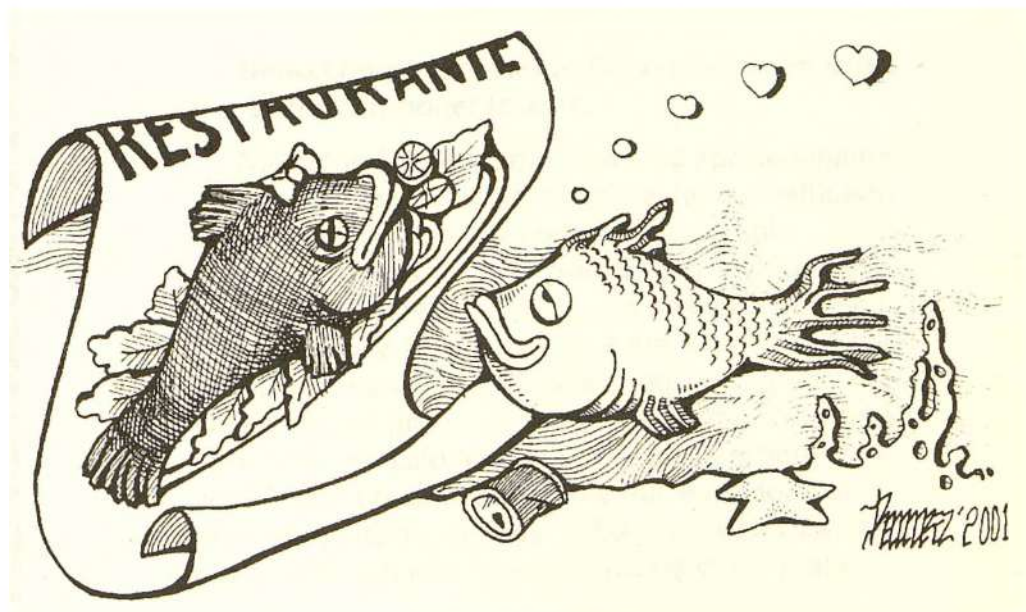
pez; además, era un sacrificio grande encontrar siempre lo que uno busca. Pero allá él.

El pez adolescente hizo lo que le dictó su corazón y tardó mucho en emprender el viaje. Como era pequeño no mordía bien las carnadas y tampoco quedaba atrapado en las redes y atarrayas de los pescadores. Tuvo que hacer mucho ejercicio y engordar para ser digno de tomarse en cuenta algún día. Y así ocurrió. Nunca se supo nada de él, solamente por otro cartel de plástico encontrado en algún lugar del río, que guardan sus padres en la sala de casa. Con orgullo le dicen El pescado con bombín y aparece retratado de frente a la mojarra frita que él tanto ama. Unos dicen que está muerto; otros, está vivo; algunos indiferentes dicen: "camarón que se duerme se lo lleva la corriente"; yo, Fidas, digo que es un pescado tonto y enamorado, también. ¿Ustedes qué piensan?

Yo estoy emocionado porque la mayoría de los alumnos preguntan y preguntan y preguntan. La maestra Esmeralda está muy contenta con la historia y pide permiso a Fidas para escribirla y colocarla en el periódico mural, Fidas me observa y dice que sí. Yo tengo un nudo en la garganta y emocionado aprieto los puños y cierro los ojos.

Los alumnos proponen que yo escriba la historia, haga los dibujos y la traiga el lunes. Para ese día ya me habré reunido con mi abuelo y Fidas. Estarán inventados los otros cuentos y probablemente

comeremos mojarras fritas o tamales de bagre. Y yo me siento contento, cómo no. Porque nadie sabe que esa historia es mía y ustedes no saben que Fidias es mi padre.



Vinagre

Debo componer la letra. Debo componer la letra. Debo componer la letra...

Me llamo Eduardo, me dicen de apodo Vinagre y si fuese una persona mayor estaría clasificado como hombre ruin, mentiroso y detestable.

Tengo pocos amigos porque la mayoría de la gente me observa como si fuera un bicho peludo y apestoso, que lleva sobre su lomo a una mariposa partida en dos o devorada a medias. Cuando me cruzo con un grupo de escolares, comentan entre ellos: "Ahí va Lalo Vinagre". Y creo que tienen razón. Tengo un carácter agrio y dulce como el vinagre, tengo sentimientos nobles y malvados, así como también una buena memoria y una mala.

Antes de continuar, les diré que mi aspecto ruin debe obedecer a que solamente tengo diez años en este momento, una pata de palo, un tatuaje de sirena en el pecho, la uña del dedo índice pintada de azul, un parche negro en el ojo derecho, un lorito mudo en el hombro y mi aliento de borracho sabe a agua de tamarindo o de limón.

Este aspecto ruin y sucio con el que todas las mañanas voy a la escuela, me gusta porque atemorizo a los perros y gansos bravos y pleitistas; porque vestido así, ayudo a cruzar las calles a los ancianos y a los ciegos. Los conductores me saludan con respeto a desde sus vehículos me dicen: "Buenos días mi capitán Vinagre". Llego a la escuela, y los niños me observan con admiración, quizás porque conozco mucho de matemáticas, de fracciones o divisiones con cuatro cifras. Quizá porque conozco mucho de historia y de especies en peligro de extinción. Probablemente, porque soy un bruto para leer en voz alta y también para redactar temas o cuentos con letras legibles.

Antes de ser el capitán Vinagre, yo era un centurión, un guerrero que dominaba a medio mundo desde el mercado público, cruzando por el taller de corte y confección donde estudia mi madre, la carnicería de don Goyo, la escuela Rafael Ramírez, la botica del árabe Brahim Putumchán Puc, hasta llegar a la orilla del río que se encuentra después de las canchas de fútbol. Toda esa área la dominaba yo con astucia y talento. A los pueblos que

dominaba les pedía tributo y ofrenda para que yo no los castigara. Llené mis embarcaciones con frutas y juegos de temporada: melón, sandía, ciruela, guaya, guanábana, anona, pitahaya, guayaba, tamarindo, carambola, naranja, limón; también incluí saltalías, baleros, rompecabezas, loterías, matatenas, yoyos, resorteras, papalotes, canicas, pelotas y balones, viseras y cachuchas, pasatiempos y buscapalabras. Pero me cansé de esta actividad por dos cosas: primero, porque en la televisión, la radio o en el centro de salud, me recomendaban a diario me alimentara bien y comiera frutas y verduras; segundo, porque la armadura de guerrero con la que debía de vestirme a diario, era pesada y calurosa, y porque en tiempo de mosquitos estas vestiduras no me cubrían las pantorrillas.

Soy hijo de madre soltera, (imagino que también de padre soltero), y siempre he viajado con ella los fines de semana, hasta Puerto Obregón.



que es el municipio donde viven mis abuelos. En ese lugar me entretenía por las mañanas y por las tardes, asaltando embarcaciones españolas, rescatando sirenas y princesas gordas o flacas, liberando esclavos o amarrándolos, descubriendo tesoros y regalándolos a los pobres (los que menos tienen, dice la maestra) y en ocasiones, jugando fútbol con un coco seco. La armadura de centurión romano me pesaba tanto que me vi precisado a cambiar de actividad, cuando de plano una jaiba o un cangrejo (no recuerdo bien) me atacó por el talón de Aquiles y me derribó pesadamente en la arena. La mayoría de mis primos y amigos de la playa son morenos, y al descubrir mi piel blanca mientras me tallaba el pie adolorido, me dijeron que en vez de ser un monigote romano y con falditas, me convirtiera mejor en un pirata inglés o ya de perdís, en filibustero, corsario o capitán al servicio de la corona inglesa. Que era más fácil caminar con una pata de palo, andar melenudo y con un ojo tapado, que bebiera vino agrio (de ahí mi apodo Vinagre), que podría ser el terror de los nueve mares.

Me gustó la nueva vestimenta, mi aspecto fiero y el ser detestable por utilizar la lengua de mi loro mudo. Siempre digo la verdad porque mis abuelos y mi madre me acostumbraron a eso. Por ejemplo, el chile pica, el perro ladra, el maestro enseña, la verdad muerde.

Mis amigos me detestan en este momento que tengo 45 años (a ver si me la creen) y me han con-

finado a un calabozo porque he salvado doncellas y niñas limpias y alegres que no saben matemáticas ni historia, a cambio de escribirme los relatos que cuento. En este momento estoy humillado porque he dicho frente al grupo, quién se robó a nombre de la maestra y por mandato del director de la escuela, los chiles dulces sembrados en la huerta.

Ya tengo 45 años, mi loro ha aprendido a hablar y a menudo vuela con la parvada de loritos vagos que llegan a comer elotes en los maizales, naranjas en los naranjales, guayabas en el guayabal.

Antier llegó hasta la hamaca donde escuchaba yo un partido de beisbol entre los Piratas de Campeche y los Diablos Rojos de México; me picoteó la pata de palo y aleteando violentamente me dijo, entre comunicativo y chismoso, que en la escuela se estaban robando los chiles dulces, el cilantro y las zanahorias; eran tres chamacos alumnos de la maestra Blanca Flor. Dize que eso era para el supervisor escolar. Después el loro se quedó mudo y yo regresé a mis diez años de edad que ahora tengo.

Por la astucia o la sagacidad dejé mi pata de palo, el parche del ojo, la espada y el loro en un rincón. Me coloqué de nuevo la investidura del centurión romano que era antes y me dirigí al campo de batalla de las hortalizas. Ahí estaban tres muchachos robando chiles, cilantro y zanahorias. Estos para la maestra, estos para el director, estos

para mí, y estos para don Chúa "El verdulero", así decían. Como un miliciano de vanguardia o un soldado de infantería, me ubiqué entre unos arbustos para observar el saque. Los tres muchachos eran en verdad unos depredadores, léperos e ingratos: quebraban o aplastaban los arbustos, los injuriaban o pisoteaban. Dos de ellos eran alumnos de la escuela y el otro no lo conocía.

Mi astucia me indicaba que era mejor permanecer entre los arbustos, viendo como los mozalbetes arrojaban yerbas y chiles al salón de quinto año para culpar, así decían, a los chamacos menso de este salón.

A la mañana siguiente un revuelo de protestas y culpas caían sobre los alumnos de quinto año. Se nos culpaba, y como nadie sabía algo, éramos culpables. Ahí estaban la maestra Blanca Flor, el director de la escuela, el presidente de la sociedad de padres de familia, el delegado municipal y el supervisor escolar. Uno por uno nos fueron recriminando, regañando y haciéndonos sentir culpables por un delito infame y vil. Así nos decían. La sangre me hervía y a ratos era yo centurión romano, Lalo Vinagre o pirata inglés. El loro mudo y el loro hablador, me picoteaban las orejas, para que yo dijese la verdad. Era como iniciar un ataque con piedras ante gladiadores, asiáticos, mongoles o cíclopes; hombres fieros que no temen a nada.

El rostro de mi profesor era como una calavera. Sus ojos miraban al suelo, incapaz de observar a

los alumnos que había criado como si fueran cuervos. Mis compañeros habían perdido quién sabe qué alegría y también miraban al piso con la mirada triste de un hombre culpable.

La prueba del delito estaba en el salón de clases; fuimos enjuiciados y sentenciados; los jueces salían del salón con un aire satisfecho en el rostro. Pero no les duró mucho, cuando yo levanté mi dedo índice como si fuera un sable y hablé fuerte: Yo voy a decir la verdad.

Todos los niños me observan como si asistieran a los funerales de un héroe nacional o de un capitán famoso. Como lo es El Capitán Vinagre. Me gustan esos ojillos que me observan; porque me dicen que no soy tan ruin, ni mentiroso, ni detestable.

Una mano cálida me toca el hombro, me devuelve mi sombrero de cartón y me dice, a ver Capitán Vinagre, todo lo que usted ha hecho hasta este momento, ha sido correcto. Como recompensa, la princesa otorga un lápiz y un cuaderno para que usted escriba: Debo componer la letra. Debo componer la letra. Debo componer la letra...

La pedrada

Mariano dio tres pasos atrás, tomó un breve pero intenso impulso y lanzó la piedra con una fuerza y elasticidad que le nublaron los ojos y le dejó palpitando la cabeza.

Los niños siguieron la trayectoria del proyectil por arriba de los tendederos de ropa, las azoteas con cilindros de gas, lavaderos, neumáticos, botellas vacías, uno que otro perro suelto pero encerrado, en la propia altura de la azotea. El proyectil se elevó mucho más alto de dónde estaban las botellas de cloro, rellenas de arena que los niños habían colocado en la cornisa de una casa deshabitada y en reparación.

Todas las tardes El yuca, Mariano, El campeche, El coleteo y un muchacho de la secundaria, se re-

únen en la esquina para jugar pelota (cuando hay) canicas, (cuando hay) trompo, (cuando hay), o contar chistes nuevos (cuando hay). El tiempo abunda por ésta colonia ya que los maestros de la escuela primaria se fueron a la ciudad de México para solicitar aumento de salario; el delegado de la colonia cortó la energía eléctrica por las tardes para que la gente no tome agua fría ni disfrute los programas de televisión, ya que no pagan la energía eléctrica desde hace varios años. Y por si fuera poco este lugar fue seleccionado por el colegio de policía para las prácticas de prevención con delincuentes y menores infractores, por esa razón los cristaleros, cadeneros y jauleros (los que roban en houses), no se han visto por éstos días, bajo el farol de la esquina, ni han dejado las grabadoras robadas, las botellas rotas, las bolsas con tinner, las pilas inservibles, o las manchas de sangre por algún pleito con alguien que se raja o cuenta chisme a los patrulleros (cuando hay).

Hacer algo es interesante, pero no hacer nada es difícil. Los niños salen a la calle y al abrir la puerta entran todos los ruidos del mundo y hasta el polvo. No hay clases, no hay luz eléctrica y el último secreto que compartían de 4 a 7 de la noche, fue hurtado por el delegado de la colonia y un capitán del colegio de policía.

Mariano recibió un paquete el día de su cumpleaños, de manos de un político de la oposición.

El paquete contenía tres libros de pasta brillante y a mucho color, Guía para la vida, de Bart Simpson; Corazón, de Edmundo de Amicis. Lo que tú necesitas es tener una bicicleta de Eusebio Ruvalcaba. Además de un folleto explicativo editado por un Centro de Salud en el que se informa y orienta a todo mundo a cerca de las enfermedades transmisibles y cómo prevenirlas; el folleto traía ilustraciones de mujeres hermosas, hombres en perfecto estado de salud, niños enfermos o bobos, así como los productos y prácticas que propician enfermedades y síndromes.

Mariano y su padre acudieron al mitin que se realizó en la explanada del tanque de agua potable. Llegaría una comisión de diputados, funcionarios de gobierno para hablar con la gente que se encontraba en resistencia civil, o sea, los que no pagaban la luz. Mariano y su padre estaban muy cerca de los diputados. Solicitamos una mano santa para quién sabe qué sorteo y le tocó a la siniestra mano de Mariano.

Cada vez que Mariano sacaba un papelito, la gente hacía bu, bu, buuu; pero a cada tercer papelito guardaban silencio y observaban con atención el número de una carpeta que la mayoría de los asistentes tenía. Están dando créditos para vivienda, se dejaba escuchar por un lado. También van a asignar lotes y terrenos; yo nada más quiero láminas y varillas.

El niño con su mano santa, miraba la felicidad de los ganadores, escuchaba el bu, bu, bu, bu, de quienes no eran afortunados. Entre los asistentes se encontraban los jóvenes pandilleros que se reunían bajo el farol de la esquina, cuando había energía eléctrica. No eran hombres de bien, eso está claro, ni se preocupaban por construir vivienda o solicitar un crédito, pero ahí estaban haciendo bu, bu, buuuuuu o guardando silencio.

A las diez de la mañana de la calle como a las diez de la mañana de la escuela, el ruido de los neumáticos sobre el pavimento, siempre se escucha igual. Los del mitin ni cuenta se dieron cuando la policía bajó de unos camiones y la emprendió a golpes contra ellos. Solo advirtieron el suceso cuando la peluda mano del delegado detuvo a la mano santa de Mariano y lo apartó de la mesa con violencia. Los que presidían el mitin se retiraron en una camioneta con clima y dejaron atrás la tómbola con números premiados, una lista de asistencia y algunos botecitos de agua purificada; dejaron atrás a los estudiantes del colegio de policía que azotaban con delicia y certeza el cráneo de los asistentes. Mariano tomó de la mesa un paquete que le habían entregado cuando llegaron a la explanada. Esto es para el primer niño que llegue, le dijo una mujer con aliento a cigarro. El delegado miró el paquete con codicia, a Mariano alejándose a toda prisa perdiéndose entre el griterío de hombres y mujeres que ahora arremetían contra los policías

con un montón de piedras y leperadas; los cristales de algunos automóviles se rompían con barras de acero y aunque se escucharan las sirenas y cláxones; los autoestéreos, discos, cassettes, portafolios y franelas eran sustraídos con rapidez.

El saldo fue grandioso. Nada apareció en los periódicos pero sí en algunos noticieros radiofónicos. Los policías, vestidos ya de civil, mostraban moretones y descalabros; la gente de la colonia que estuvo en el mitin se encontraba en las mismas condiciones. El papá de Mariano fue rapado ya que la macana nueva que se estrelló en su cráneo, le hizo una herida de 15 centímetros.

Durante algunas semanas, Mariano platicaba esto a sus amigos, y los ojos de El yuca, El coletto, o El campeche, les exigían más detalles del suceso. Leían también y en voz alta el contenido de los libros, inventando o recreando las historias. A veces inventaban la mentira más grande del mundo, la verdad más mentirosa del momento y para terminar cada uno decía su plan para resolver los problemas de la colonia si tuvieran en sus manos un millón de pesos.

Cuando no había historias qué contar se iban al centro de la ciudad y entraban a los video juegos. Desde luego que no jugaban porque hacerlo era correr el riesgo de regresar hasta la colonia a pie.

Entonces se ponían a tirar piedras a unas casas viejas o en remodelación llenaban con arena algunas botellas de cloro, las colocaban en un sitio

estratégico y se ponían a probar puntería. La policía llegaba de vez en cuando en busca de pandilleros o ladrones; colocaban propaganda política para elegir candidatos a quién sabe qué, y entonces las fotografías de hombres bien peinados se pegaban a los muros y balcones.

Ahora están tirando piedras hacia un muro recién encalado dónde aparecen carteles del delegado quien quiere ser presidente municipal, el mismo hombre que hace tres días les quitara el folleto para prevenir enfermedades transmisibles y la emprendiera contra ellos a cocotazos.

Colocaron una raya para que nadie se adelante y tome ventaja. Las botellas de cloro están en el mismo sitio desde hace una semana y nadie ha podido derribarlas porque están muy pesadas. Atrás de las botellas está la imagen del delegado como si las estuviera cuidando. Mariano y sus amigos decidieron mejor utilizar escombros porque de otro modo no se va a poder derribarlos, dice El campeche.

Mariano da varios pasos hacia atrás, toma vuelo y lanza una pedrada. Los niños observan la trayectoria del proyectil que se eleva por arriba de las botellas llenas de arena. La piedra ha salido tal vez con lentitud y se dirige con precisión y fuerza al cráneo del delegado, quien lanza un grito de dolor, y se cae resbalando por la pared.

Los niños se miran entre ellos y no dicen algo. Es tan sólo de plástico dice El colete, mientras se dispone a coger otra piedra. ¡Corran!, escuchan sorprendidos, ¡ese delegado es de verdad!, el que estaba pegado en la pared me lo llevé para forrar mis libros. ¡Corran!, escuchan varias veces al muchacho de la secundaria, que les indica por qué callejón deben meterse.



maría

La muchacha se ubicó junto a la ventanilla y a su lado tomó asiento Ernestina. Atanacio te manda esta carta y que la leas.

Ella tomó el papel y lo guardó en la bolsita de la blusa escolar sintiéndose un poco nerviosa y entusiasmada. Sabía que algo raro iba a ocurrir en este viaje, pero no así de sopetón, y mucho menos que llegara en manos de Ernestina, la hermana del muchacho.

Cerró los ojos y dejó que la brisa le golpeará el rostro y alborotara sus cabellos agarrados con una dona. Le temblaban las manos y los labios. La respiración se había acelerado y murmuró un "gracias", que se perdió entre las voces y los gritos entusiasmados de los estudiantes del segundo año A y B de la



telesecundaria "Pabellón Azteca" que asistían a un viaje de estudios a la zona arqueológica de Palenque.

La maestra responsable del viaje gruñía algunas indicaciones de rigor para que no sacaran manos y cabezas por la ventanilla, ni tirasen botes de refresco y bolsitas de plástico a la carretera federal.

Cuando la maestra se volteó para tomar asiento cerca del conductor del vehículo, un naranjazo y una bolsita llena de coco con chile le golpearon la espalda. Justo en ese momento un enfrenón, y un poco de mochilas cayó del portaequipaje haciendo

imperceptible el efecto producido por los proyectiles.

La muchacha aprovechó el revuelo provocado; leyó con rapidez el contenido de la carta y la volvió a depositar en su lugar. El papel decía con letras

precisas: aora si te boy a dar un veso, si no chicles.

Mientras Ernestina limpia la espalda de la maestra y la acompaña al asiento, la muchacha se recoge los cabellos, los agarra con otra dona que porta como pulsera y mira las raíces de los manglares como si buscara en ella la solución a este problema aparecido de pronto, como un mosquito destripado en medio de un resumen ya concluido.

En el taller de cocina las muchachas platican, se maquillan y redactan cartas para novios que no existen o tienen rostros de Brad Pitt, Tom Cruise, Leonardo di Caprio, Ricky Martin o Luis Miguel; nunca de Ruy García, Brancasio Pech, Diódoro Lagunas, Marvin May o Atanacio Ferlloso. Las cartas hablan de viajes a Europa, quince años en la disco Estudio 8, besos de lengüita, viajes a la playa, cenas con música viva y vino tinto o simplemente de tomar un helado en la nevería del parque o en la avenida Niños Héroes; pero son cartas sin remitente y compromisos establecidos.

Cuando falla un maestro a la telesecundaria, se juntan los dos grupos y comparten con los mismos maestros el aseo de los baños, la limpieza del plantel o la campaña para pintar con cal el tallo de los pinos y los almendros. Se comparten desde luego las escobas, las burlas y las sangronadas de los burros y burras, mejor dicho, de los asnos y asnas

del segundo B; se pierde una escoba, fueron las del A; apareció una nueva grosería en el baño, fueron las del B; rayaron las libretas de la esquina, fueron las del A; escribieron cartas de amor al conserje, al prefecto y al director, fueron las del B; contraatacan escribiendo cartas de amor a los chamacos, fueron las otras.

Un día, aquéllos que sólo juegan futbol, que son todavía unos niños de canicas, balero y trompo, y que lloran todavía cuando se les pierde un bolígrafo o desaparece una escuadra de las mochilas, empezaron a rondar el taller de cocina; a señalarlas solicitando informes acerca de la que tiene ojos de vaca grande, La pelo de estropajos, Rosa la rumorosa, La güera oxigenada o La Barbie de pelo largo.

Las cartas que no tenían remitente ya tenían destinatario. Habían sido enviadas por las chismosas y rencorosas del segundo B a distintos chamacos del plantel.

A la muchacha le había tocado Atanacio, un joven al que le decían Gordo Mantecoso, por un hermano gordo, pero él no lo era; más bien tenía el porte de una palanca con uniforme escolar o una manguera con zapatos. Su estatura sobresalía en los homenajes, desfiles escolares y en los bailes del parque. En todos los lugares los ojos de Atanacio la seguían y los besos que él le enviaba con la mano, encontraban un extraño acomodo en la ba-

sura o en el montón de sillas que se hallaban despedazadas en una esquina del plantel. Ernestina le llevaba recados que le fastidiaban: dice Tano que a la salida te va a dar un beso.

La Barbie de pelo largo encontró la solución: acompañó a la maestra que rugía órdenes sin ton ni son, recogiendo la basura alrededor del Templo de las Inscripciones, el Palacio del Rey y en las áreas verdes de la zona arqueológica. Una escoba nueva la acompañó en el recorrido como si fuera un fusil, aún cuando hubo tiempo de comer al aire libre y pegar cartelitos donde se insta a los turistas a botar la basura en su lugar, proteger las especies en peligro de extinción, proteger el patrimonio cultural de la humanidad y caminar por los lugares indicados.

La maestra responsable de las alumnas y el director de los alumnos nunca se dieron cuenta del asedio. Atanacio se acercaba a la muchacha y ésta preguntaba a la maestra cualquier cosa. Cuando por descuido lograba aproximarse, sus compañeros le gritaban: ¡hey!, ¡Gordo Mantecoso!, ¡te llama el maestro Baldemar!

* * *

Esa chamaca no sabe qué es un novio ni quiere tener uno, le dijo Ernestina a Atanacio. Pero ella me escribe cartas y se muere por un beso mío contestaba el muchacho con desenfado. No lo creo, contestaba la hermana, han de ser las del segundo B que siguen fregando porque las reprobaron a todas en el segundo bimestre cuando nos robaron las cartas, se salieron del salón y se les quemaron las pizzas que estaban horneando.

Pero es que ella... Bueno, yo nada más te digo, pero si no te quiere pégale un chicle.

* * *

Todas las tardes la mamá de la muchacha platica con ella, la aconseja y peina sus cabellos. Atanacio pasea en bicicleta y algunas veces se detiene frente a la casa. Esta tarde no lo ha hecho y la muchacha repara con apremio en el detalle.

Simpático el Atanacio recogiendo basura, buscándola desesperado entre rocas y troncos de árboles; entre las mesas del restaurante o jugando futbol distraído y haciendo perder al equipo. Atanacio es un cazador que renuncia a la presa siempre huidiza y bella, siempre volátil, e inalcanzable. El cazador renuncia. Compra chicles de marca americana y mastica su fracaso debajo de una

gigantesca fronda de quién sabe qué árbol. La muchacha sonríe, mueve sus cabellos largos y alborotados muy cerca de la maestra que continúa rugiendo órdenes como una eterna fuente de autoridad. Atanacio mira a la chica y ella también lo mira. Cada quién, sabe lo que sabe.

Los cocotazos de la madre suenan secos en el cránc; jala de los cabellos el chicle embadurnado en la dona, mientras María sonríe con cierto orgullo.

Epílogo

Dos elefantes se columpiaban

Durante los primeros días del año dos mil, me reuní casi a diario con Mario De Lille en las instalaciones del Centro de Maestros 2707 (Villahermosa 2), con el propósito de diseñar un Curso-Taller dirigido a los maestros del área de Español y Taller de Lectura y redacción, adscritos en las escuelas Secundarias y Preparatorias de Tabasco.

A diario hablábamos de la Literatura Mexicana, los nuevos protagonistas de la Liga Premier que las grandes editoriales ofertan en las vitrinas de la lengua española; los alfilerillos de la poesía tabasqueña, la política cultural, la novela policiaca, las modas, las ofertas de supermercado, el origen de la vida en Saturno, la promoción de la lectura, el último verano en Río de Janeiro, las andanzas de Salma Hayek o la belleza deliciosa de Adela Noriega.

El mundo era ancho y nuestro; solamente ajeno para aquellos sujetos y sujetas a quienes la vida les viene guanga. Divagábamos, discutíamos, vociferábamos, resumíamos, redactábamos, sintetizábamos, mandábamos todo a la chingada, y volvíamos a empezar. Dos elefantes se columpiaban...

Cuando concluimos el CURSO PARA LA FORMACIÓN DE CONDUCTORES DE TALLERES LITERARIOS, llegó a mis manos el libro *Historias del Principio* de Luis Alonso Fernández. Esta lectura motiva en mí el afán por escribir literatura para niños, que de inmediato encontró eco en Mario ya que él se encontraba escribiendo literatura para nietos.

Cómplices de esta empresa nos dimos a la tarea de buscar tripulantes con características afines para compartir la aventura y la gloria. Pensamos en filibusteros, haraganes, tiburoneros, bibliotecarios y hombres de bien. Quienes se embarcaron con inusitado furor y capacidad de asombro fueron: Guadalupe Azuara Forcelledo, Luis Alonso Fernández Suárez, Gonzalo González Calzada, Mario De Lille y yo. De ahí, que el nombre de este libro sea "Casa Llena" porque en él están todos los que son y son todos los que están.

A partir del mes de mayo nos reunimos semanalmente, ora en la biblioteca depositaria de la UNESCO (allá por el CICOM), ora en la Sociedad de Escritores Tabasqueños (allá por el centro). Atra-

vesamos tormentas y huracanes que tenían en la cara beatífica el día de las madres, el día del maestro, la huelga del siglo de los trabajadores al servicio de la educación, hasta llegar al mes de agosto, mes en el que finiquitamos parcialmente el proyecto.

Cada participante escribió un volumen de cuentos para niños con la buena intención de escribir buenos cuentos para buenos lectores, aunque fueran niños. Nunca discutimos qué es un niño pero buscamos la aproximación a esa entidad del niño por el que alguna vez pasamos, asumimos y pretendemos rescatar. Como dice Juan Carlos Calderón, se fue mi infancia y yo me quedé; así los autores que pretendemos ser, buscamos afanosos recrear el inefable paraíso de la niñez construyendo y redactando aproximaciones para alguna posible niñez; (quizá estas lecturas no sean más que lecturas del niño que no fuimos o del que quisimos ser). Sábado a sábado leímos y nos regocijamos corrigiendo historias para niños de una generación que no conocemos, por esa razón, "Casa Llena", viene a cubrir un espectro de producción literaria en el ámbito tabasqueño con la intención firme de invitar a la fiesta del lenguaje a todos los niños de lengua española.

Yo fui un niño y tuve una canción, publicó en algún lado Alfonso Reyes, este puñado de textos tiernos buscan convertirse en la canción que algu-

na vez queremos recordar. Ahora son cinco elefantes los que escriben y sueñan que seis elefantes se columpiaban sobre la tela de una araña; como veían que sí leían mandaron a escribir a otro elefante...siete elefantes (se repite).

Teodosio García Ruiz.

**Datos biográficos de los autores
(escritores y pintores)**

Escritor

Luis Alonso Fernández Suárez

Tenosique, Tabasco, 1952. Poeta, narrador y ensayista. Es técnico solar y está vinculado al desarrollo de tecnologías similares y afines. Además es aficionado a la pintura. Coordina talleres literarios —entre ellos el de la Sociedad de Escritores, «Si me han de leer Mañana»— y es autor del libro *Historias del principio*. Cuento infantil. Socio activo de la Sociedad de Escritores «Letras y Voces de Tabasco» A.C.

Pintor

José Ramírez Reyez

Nació el 24 de julio de 1965 en el estado de Tabasco en donde radica. Ha expuesto en Chiapas, Veracruz y el Distrito Federal, así como en los foros más importantes del estado de Tabasco. Becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes del Estado de Tabasco, becarlo del Colegio de Artes Tabasco. En su haber cuenta con más de 70 exposiciones colectivas y 6 individuales. Su obra se centra en trabajos al óleo principalmente, domina el retrato, la caricatura y la ilustración ha participado en la ilustración de libros, revistas y suplementos culturales del estado.

Una de sus últimas actividades fue el haber sido convocado a participar en el evento realizado por el IV Comité Regional de la CONALMEX para la UNESCO «El día internacional de la poesía», ilustrando el cartel conmemorativo y realizando una exposición individual con 30 caricaturas de escritores tabasqueños.

Escritor

Mario De Lille

Nació un lejano 6 de noviembre de 1936.

Participó como tallerista en los talleres literarios de la Casa de la Cultura de la U.J.A.T. y la Casa-museo Carlos Pellicer en 1979 y 1986, respectivamente. Poco después ha coordinado (o conducido) varios talleres literarios en el estado, desde Jalapa (1987) hasta el plantel 28 del Colegio de Bachilleres el año pasado. Recién condujo el taller infantil «Odessa» y actualmente conduce el taller literario de novela «Josefina Vicens de la UJAT».

Es arquitecto, egresado y graduado en la U.N.A.M.

Ha publicado desde novela. "Solamente yo quedo", 1987, (mismo que es premio nacional de novela Justo Sierra O' Reilly en 1986) hasta el poemario "Semilla a punto de vuelo", 1999; pasando por el cuentario "Advertencias amorales al lector y cierto tipo de cuentos sumamente inocentes", 1990; el poemario "Dios te salve María, non sancta", 1992; una plaqueta del poema largo "Somos por la danza de tus manos", 1998; así como el monólogo dramático "Dino a las drogas", 1999. Es coautor en el libro colectivo de narrativa "Eroticom plus", 2000, con el cuento "Gajes del oficio".

Tiene terminado otro libro de cuentos (literatura fantástica) "Breve y verídica historia de cómo los lunáticos poblamos la Tierra. Y sus consecuencias", no publicado por las malas artes de un burócrata perverso y santurrón. Está trabajando en otro libro de cuentos: "Los cuentos del Palomario" (al alimón con su hermana Paloma) y una novela cuyo título provisional es "Los magníficos".

Pintora

Claudia García Silva

Nació en Villahermosa, Tabasco el 11 de diciembre de 1964, hija del arquitecto y pintor José Mariano García Olivera. "Pacho".

Ha participado en las siguientes exposiciones en el D.F.: colectiva en el Colegio Americano, 2000; colectiva "Reencuentro" en el Colegio Madrid, 1999; individual: exposición independiente "Sueños de integridad" en la galería Omterra, 1999 y colectiva por el Día Internacional de la Mujer en el CIAM, 1998.

Estudios en la Escuela de Filosofía y Letras en la U.N.A.M. y curso de restauración en la S.E.P.

Actualmente está ampliando su producción temática sobre anhelos de integridad a través de personajes como Sor Juana, o de los literarios Hesse y Víctor Hugo.

Escritora

Guadalupe Azuara Forcelledo

Nació en la ciudad de Xilitla, San Luis Potosí en el año de 1962, y radica en Tabasco desde 1970.

Ha publicado en diversos suplementos culturales de Villahermosa, y en las revistas Cultura Sur, Fin de siglo y El Cuento. Parte de su obra aparece en las antologías: Primero La Voz, Antología de Narrativa Tabasqueña Contemporánea (1994); Antología de Poesía Contemporánea de Tabasco (1995); editados por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, y en la Antología del Taller Literario de la Sociedad de Escritores Tabasqueños (1995). En 1994 el Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Tabasco le otorgó una beca en 1995 para desarrollar el libro de cuentos: Crónica de Sombras, inédito. Tiene un poemario: Corpus Nostrum, inédito; y Divertimentos, 1997, es su primer libro publicado. En 1998 ganó el Premio Estatal de Cuento. En la actualidad es Jefa de la Biblioteca Histórica «José Martí» de la U.J.A.T.

Pintor

Antonio Ruíz

José Antonio Ruíz Ramírez, nació en México, DF en 1970 y es un joven valor de la plástica tabasqueña, habiendo desarrollado su labor de manera dual en Villahermosa, Tab., y en

el Distrito Federal. Egresado del Centro de Estudio e Investigación de las Bellas Artes, ha participado en los talleres de serigrafía del Prof. Víctor Frías, y de Litografía del Mtro. Leo Acosta, en la Escuela Nacional de Artes Plásticas, (ENAP) de San Carlos, siendo ayudante-asistente de este último. Estudió la licenciatura en Artes Visuales en la Academia de San Carlos.

Su principal incursión en el ámbito de la plástica la ha centrado en los campos de la serigrafía y la litografía. De momento se encuentra trabajando estas técnicas; aunque el grabado también llama su atención y ha incursionado en el óleo y la acuarela. Su inquietud lo ha llevado a participar en diferentes foros, como son en el Colegio de Arte de Tabasco, revistas Cortijo de Locos y Letra Voz. Ha expuesto en Galerías Tabasco y Jaguar Despertado, café Selecto; en los festivales 1° y 4° de Instalación y Performance del Centro X Teresa de Arte Alternativo; en la 4a. Bienal del Cartel en México; en el Colegio de San Idelfonso, Facultad de Arquitectura (UNAM); y Centro Cultural San Ángel, entre otras.

Escritor

Gonzalo González Calzada

(Villahermosa, 1938), médico, escritor, político y periodista. Vicepresidente fundador de la Sociedad de Escritores Tabasqueños, A. C., y su presidente en dos ocasiones. Tiene publicados: una plaquette de minificciones, Mi cuento, y los libros: La pluma en el blanco, reflexiones y otras cosas, ensayos, y : Puras mentiras y algo más, cuentos. Está incluido en la Antología de narradores contemporáneos de Tabasco: Primero La Voz, y en el libro de cuentos: Para un ambiente sin hombre, publicado por el diario Presente, junio, 2001. Tiene obra inédita de cuento y poesía, próxima a publicarse.

Pintor
José Ramírez Reyéz

Escritor
Teodosio García Rulz

Cuandacán, Tabasco, 5 de mayo de 1964. Licenciado en Ciencias de la Educación por la UJAT. Es poeta, narrador y coordinador de talleres literarios. Ha publicado varios libros entre los que se cuentan: Bananos, Furias nuevas, Palimpsestos y Villahermosa, peligro para caminantes, entre otros. Ha sido miembro fundador de los grupos culturales Los Aguiluchos y Los Perros Salvajes.

Pintor
José Ramírez Reyéz



RED NACIONAL DE BIBLIOTECAS
PÚBLICAS



RED NACIONAL DE BIBLIOTECAS
PÚBLICAS

224585

904433

FT-I/808.068/C561/21.13

CASA LLENA : ANTOLOGIA DE

mejor libro de literatura infantil y juvenil publicado en el año 2001: Luis Alonso Fernández Suárez / Mario De Lille / Guadalupe Azuar

Forcelledo / Gonzalo González Calzada / Teodosio García Ru